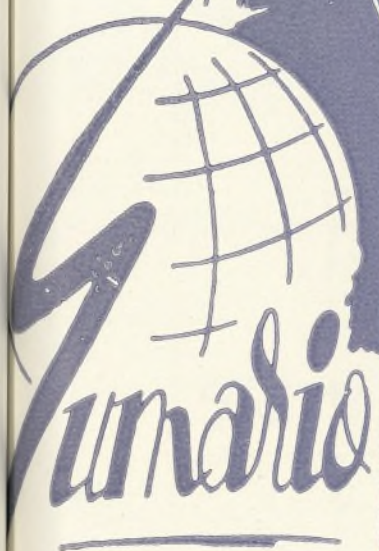


CENIT

sociología
ciencia - literatura



Sócrates Gómez: Sin rencor, pero...

Adolfo Hernández: El Cenetismo en el futuro español.

Severino Campos: Sentido humano del pensamiento libertario.

Puyol: Tulebras, un minuto.

Juan Ferrer: El anarquismo, única solución efectiva.

Samblancat: Cantones y guardacantones. Acosos lebreros.

M. C.: El universo de Alaiz. Han Ryner: Han Ryner por él mismo.

Eugen Relgis: ¿Todavía quieres humanitarismo?

Campio Carpio: La puerta de oro del mundo.

Denis: El hombre feliz. Iber Sisifo: Como toro de lidia.

150

JUNIO - 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,20 F.



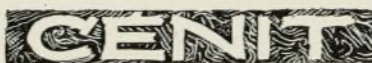
NUESTRA PORTADA

«Cabeza de niño» escultura en barro de J. Orozco

El artista ha logrado expresar, con el material más deleznable y primitivo, toda la gracia indecible y profunda de la infancia. Esta dulce y hermosa carita de niño es universal y eterna. Su expresión, a la vez riente, pensativa, maliciosa, melancólica, es un milagro de gracia y de emoción pura.

Simboliza lo mejor y más limpio de la vida : la aurora fresca y luminosa, el cielo sin nubes, el porvenir ofrecido a estos ojos que aún lo ignoran todo de la existencia, que aún no saben cuán implacable y sembrada de escollos es la ruta que deben recorrer los hombres desde la cuna hasta el sepulcro.

Cuando el arte logra expresar, en el modelado de la arcilla tantas cosas, es que se trata de arte verdadero; es que el mago que le anima es un auténtico artista.



REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, René Lamberet, A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII

Toulouse, Junio 1963

Nº 150

MIRANDO A ESPAÑA

Sin rencor, pero...

Carta abierta a D. Dionisio RIDRUEJO

La ejecución de Julián Grimau ha provocado una natural reacción general de repulsa. Cuando por no pocos ingenuos y frívolos se creía liquidado por completo aquel período tan dilatado en el que la vida humana corría peligro en España nada más que por pensar de manera distinta al franquismo y combatirlo, la ejecución de Grimau ha producido una ansiedad y una inquietud muy justificadas. Porque independientemente del valor humano de la vida del inmolado está lo que revela tal suceso: la voluntad del franquismo de no ceder pacíficamente a una posible evolución del problema político de nuestro pueblo.

Desde el interior se nos dice: «... el suceso nos ha situado de nuevo en aquellos días, en aquellos meses, en aquellos años terribles de las ejecuciones, el espectro de las prisiones de Porlier, de San Miguel de los Reyes, de Ocaña, del Dueso...» Nos lo dicen quienes, como nosotros, recordamos sin rencor, pero conscientes de la gravedad de un hecho que obliga, por su sintomatología, a la evocación de aquellos años.

Usted, señor Ridruejo, se ha considerado en el deber de alzar también su voz contra ese asesinato. No le discuto el derecho que crea tener a hacerlo. Pero...

De parecidas prisiones a la de Carabanchel, en que tuvo lugar la ejecución de Grimau, salían a ser ejecutados años atrás centenares de antifranquistas. A diario. Eran los años más densos en dramatismo, en dolor, en ferocidad siempre insatisfecha. Eran aquellos años de 1939 a 1943, esos que evocan aquellos amigos del interior con honda preocupación en ocasión de la ejecución de Grimau. Aquellos años en que centenares de millares de seres humanos poblaban las cárceles; en que a diario

se juzgaba y se condenaba a altas penas, entre ellas a las de muerte, a centenares de antifascistas, sin que para liquidar a cincuenta de ellos, por ejemplo, necesitara un Tribunal más tiempo que el de una hora. Tales eran las garantías y los métodos judiciales. ¿Recuerda usted, señor Ridruejo?

Los presos, mujeres y hombres, vivían hacinados en las prisiones. Cuarenta centímetros de ancho —«dos ladrillos», según nuestra gráfica expresión de entonces, no por gráfica menos exacta— de suelo era lo que cada uno tenía por «casa» y «cama». Hombres de todas las esferas del trabajo, de las artes, de la más alta intelectualidad formaban aquella inmensa muchedumbre penal. Periodistas, escritores, catedráticos, magistrados, militares, abogados, médicos, trabajadores, obreros y campesinos... Aquellas cárceles en las que era posible el castigo severo —la reclusión en celdas de castigo, la supresión de la visita y de los paquetes, el corte del pelo al cero, etc.— a quien se negaba, por imperativo de sentimientos indeclinables, a ponerse ante un sacerdote para confesarse. Aquellas cárceles en las que a diario se obligaba a los presos, alineados en el patio, con lluvia, nieve, frío o un sol de justicia, a cantar brazo en alto el himno fascista. Aquellas cárceles donde no se ahorraaba ningún vejamen ni se limitaban las humillaciones a los presos que, cuanto más elevados, política o intelectualmente fueran, más vejados y más humillados eran. (A un tristemente famoso director de la Prisión de Porlier le era permitido, por citar un caso, dirigirse al ilustre, por su calidad, y venerable, por sus años, escritor Diego San José con el intencionado ex abrupto de: «¿Qué, aprendiendo a leer, viejete?», en ocasión de visitar la galería en la que el escritor se hallaba con un libro en las manos.) Aque-

llas cárceles, señor Ridruejo —y por referirme a personas de afinidad profesional con usted— donde tenían encierro periodistas y escritores como Marín Alcalde, Ruiz Fery, Agraz, Robledano, Otero Seco, Valentín de Pedro, Linares, y tantos otros; poetas como Pedro Luis de Gálvez... Aquellas cárceles en las que consumió su vida, tan preciada, Julián Besteiro. Aquellas cárceles de las que salió para ser ejecutado el doctor Pesset. Aquellas cárceles que recogieron a Julián Zugazagoitia, a Cruz Salido, a Companys, a Peiró, para darles muerte, después de ser apresados contra todo derecho en la Francia ocupada por los nazis...

Aquellos años, señor Ridruejo, en los que las mujeres recluidas, por ejemplo, en la prisión de Saturrarán (Guipúzcoa), conocían de los mayores dolores y en las que la muerte se enseñoreaba a diario con ellas, aquel lugar donde nuestras madres, nuestras esposas y nuestras hijas sufrieron los rigores más duros, increíbles, en verdad, a fuerza de tremendos, si no los hubiéramos vivido en la carne de nuestras propias madres...

Aquellos años, señor Ridruejo, en los que la Iglesia española hubo de amparar su tolerancia y su estímulo a tanto crimen modificando nada menos que el Catecismo, en su mandamiento quinto, al agregar al «No matar» la condicional de «si no es con justicia», espeluznante y auténtica blasfemia contra las leyes del Dios a quien esa Iglesia y usted mismo rinden culto. ¿Lo recuerda, señor Ridruejo?

El Estado franquista creó instrumentos de propaganda dirigidos a pretender justificar tanto crimen, a estimularlo, y esos órganos de propaganda utilizaron para ello el más repulsivo de los procedimientos y sistemas: el de intentar —nada más que intentar, porque otra cosa no podían— manchar la honra de todos y cada uno de aquellos hombres y de aquellas mujeres que poblaban las prisiones, esas prisiones a las que todas las noches, sin otra interrupción que aquellas de precepto religioso..., conocían la visita de los piquetes de ejecución. Todos eran criminales netos y natos. Y porque lo eran estaban en las cárceles. Y porque lo eran sufrían rigurosas condenas, entre ellas las de muerte. Besteiro era un instigador del crimen, ya que no un ejecutante directo de ellos. Y como Besteiro todos aquellos a los que no pudiendo, ni en apariencia, cargar el sambenito de un crimen, se les imputaba la inspiración, la instigación de los mismos. Y para hacerlo se agotaban los calificativos más viles, todos los insultos se ponían en juego, todas las expresiones más groseras constituían índice fundamental de aquella propaganda. Había que justificar el crimen y, además, alimentarlo a diario. Y así durante años, años que se hacían interminables para los que vivían en aquel mundo de mazmorras y de cementerios. Durante muchos años, señor Ridruejo, que, si no fueron olvidados jamás, ni lo serán —puede estar usted seguro de ello—, hoy acuden a nuestra memoria con signos más concretos. Durante esos años, señor Ridruejo, yo le aseguro que más que la prisión, más que los infortunios de todo tipo,

más que la muerte misma, hería nuestra sensibilidad el agravio constante de que éramos objeto por parte de esa propaganda, de la prensa y de las radios, movilizadas constante e incansablemente al servicio de ese objetivo. No se conformaba aquella propaganda con llevar a las tumbas a millares de seres. Intentaba, además, deshonrarlos, con la cobardía que da en todas estas acciones la impunidad. El que no ladrón era asesino, el que no, las dos cosas, y al que se concedía que no era ni una cosa ni otra había «inspirado» o «instigado» a los que lo habían sido. Con lo que, en definitiva, se llegaba a la conclusión de que todo el antifranquismo era eso: una banda de asesinos y de forajidos. Todo menos unos seres que amaban la libertad, que por ella habían luchado y que todo su «delito» consistía en eso.

En aquellos terribles años, los de más agudo dramatismo de toda la etapa franquista y sobre los que, sin rencor, señor Ridruejo, habrá que hacer la historia para aleccionamiento de nuestros hijos y de nuestros nietos, los órganos propagandísticos de Franco eran peores que los piquetes de ejecución. Mucho peores. Porque éstos segaban vidas. Pero aquellos, sobre contribuir a segar esas vidas, iban deformando la conciencia de las gentes, con la mentira, con la infamia, el insulto, y hacían lo peor, lo peor de todo: ir dando forma, previa su creación, a aquel clima ambiental en virtud del cual España debía de estar dividida en dos bandos que se odiarían eternamente...

Usted debe recordar todo eso perfectamente. Porque o mucho me equivoco o usted era, señor Ridruejo, el jefe supremo de aquellos servicios de propaganda creados por el fascismo español. Explíquese usted, por ello, que al evocar aquellos asocie el recuerdo a su condenación del crimen perpetrado en la persona de Julián Grimau. Sin rencor, pero...

Hay culpas y responsabilidades que sólo se pueden lavar hundiéndose voluntariamente en el más completo ostracismo. En un ostracismo a modo de sepultura política, sepultura que pueden compartir con usted los que han estrechado en la emigración sus manos, porque la tienen, en general, bien cavada también. No hable, señor Ridruejo, no hable usted. Callar, callar para siempre sería por su parte la manifestación de un elemental respeto a aquellos años, a todas las víctimas de aquellos horrendos años, a todos los inmolados y vilipendiados por los órganos de propaganda que usted, al servicio de Franco, que no de España, dirigía.

Porque algunos le hayan dado a usted la mano y porque algún periódico que se dice órgano de un partido en la emigración que cuenta a millares entre esas víctimas, le haya dedicado páginas enteras para glosar su libro «Escrito en España», no debe hacerle suponer que lo auténticamente «escrito» en España, que es los de aquellos años que evocamos, puede ser olvidado, aunque no se guarde rencor. La España de aquellos años, que vive, que permanece, la España torturada cuando la propaganda la explicaba y lo justificaba todo,

es incapaz de sentir rencor porque es generosa, como lo fue y lo es en la lucha contra la tiranía. Pero...

No se puede pedir a esa España más que eso: ausencia de rencor. Pero sin más concesiones. Que si hubimos de escuchar de labios de los que iban a ser ejecutados mandatos que hicimos nuestros con profunda devoción y afán de cumplirlos como el de «no asociéis jamás nuestros nombres a un sentimiento de venganza», la generosa y bella demanda no comportaba otra cosa, y menos la de estrechar la mano a Franco y a sus principales sostenedores en aquellos terribles años. Bien está

que no sintamos rencor, y sinceramente no lo sentimos; pero si llegáramos a más incurriríamos en el más grave delito humano, sin que ningún «realismo» político ni ninguna «conveniencia» táctica atenuaran el volumen de ese delito.

Sin rencor, señor Ridruejo, pero...

SOCRATES GOMEZ

(Del Boletín número 21 Spanish ex-servicemen's association.)

SI ALGUIEN TE TRAICIONA UNA VEZ, EL SERA EL CULPABLE;
SI TE TRAICIONA DOS VECES, EL CULPABLE SERAS TU.

LINEAS DE HUMOR

En Madrid, época actual. En un tajo de Construcción. Un albañil pisa en falso y cae desde el andamio a la calle. El andamio está a la altura de un segundo piso.

Mientras cae, el albañil grita con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la anarquía!

Como la policía franquista está en todas partes, donde no se trabaja y donde se trabaja, por las cercanías anda un agente que oye el viva proferido por el albañil y acude al lugar del accidente.

Por suerte, el albañil cae de pie y no se hace el menor daño. El agente se acerca al albañil.

¡Detenido! —le dice.

—¿Por qué? —pregunta el obrero.

—Ha dado un viva a la anarquía, escandalizando al barrio. ¡Es una vergüenza, una burla intolerable! ¡Detenido! ¡Pa la Comisaría! Allí te enseñarán a no soltar vivas como el que acabas de dar bajando por los aires.

El albañil, contento porque el accidente no ha tenido consecuencias, mira al policía con recelo. El agente insiste en su aco-metividad.

—¿Por qué vitoreaba a la anarquía cuando caía del andamio? —pregunta el policía.

—Para que me detuviera en el camino...

Una carcajada acoge la frase del albañil, quien aprovecha la algazara general para escabullirse, salvándose de la garra policiaca.

¡Chócala, compañero albañil!

TOMA DE POSICIONES

El Cenetismo en el futuro español

por Adolfo HERNANDEZ

I

SE está intentando en la España franquista basamentar un nuevo tipo de sindicalismo que tiene como base operante una decidida acción social frente a las clases menesterosas. Se trata de una hábil jugada de los asesores de Franco para perpetuar, con formas jurídico-laborales, la infamia de un régimen que se sucede a sí mismo al través de varias décadas y que está decidido, con magia digna del mejor prestidigitador, a confundir a las nuevas generaciones otorgando prebendas que fueron bandera de las organizaciones sindicales que en 1936 dieron su sangre por ellas, y desde luego la CNT más que ninguna.

Sobre esta base de falso sindicalismo operan las jerarquías tradicionales que más daño han hecho al pueblo español. La Iglesia a través del «Opus Dei» y el Ejército a través de sus máximas dignidades castrenses.

Hoy más que nunca la militancia veterana y naciente tiene que estar alerta ante el confusionismo deliberado de un Estado que desea perpetuarse mixtificando el verdadero sentido de la libertad, es decir, ofreciendo una dignidad escamoteada por el dogma y la autoridad más reaccionaria.

Cabe señalar que el comunismo está también encabezando una ofensiva contra todas las organizaciones de solera liberal en España. Está llevando el trigo a su molino y para ello hace uso de todas sus manas tradicionales.

Teniendo como premisa las líneas que anteceden, siguen las partes del trabajo a que me refiero.

LA VISION DE KROPOTKIN

Lo que podemos hacer para afianzar la marcha cenetista para el porvenir, es aportar nuestro granillo de arena de solidaridad moral y material para nuestra militancia en el interior y en el exilio y también, de ser posible, indagar los caminos más viables para su fortalecimiento, para la consecución de nuestros fines, con una premisa perentoria: la liberación de España de las garras de los tiranos seculares. Precisa un libre examen de situación y ello no debe escandalizar en nuestras filas; no es nuestro propósito —no podría serlo en tanto que cenetista— el pretender desvirtuar a la organización y a su médula directriz. Puedo remitirme a nuestros grandes pensadores, fuente de inspiración

y uno de los puntos de partida para desarrollos ideológicos.

Pedro Kropotkin indica incisivamente en **La ciencia moderna y el anarquismo**: «Vemos, pues, que el movimiento anarquista (antes de seguir adelante debo decir que soy de los que creen en el anarcosindicalismo) se renovaba cada vez que recibía la impresión de alguna gran lección práctica y que su origen arranca de las enseñanzas de la vida misma...» Lo que quiere decir que nuestra razón de ser puede recibir, constantemente, acervo de experiencia de esa marcha continua y maravillosa que es el escenario del mundo. ¿Cómo podemos ser nosotros diferentes a la Naturaleza, que es en sí, mutación, cambio, maremágnum de elementos sin descanso. La filosofía y las enseñanzas que de ella se desprenden no pueden ser inmutables, estáticas, puesto que vendría en dogma y ello no tardaría en oler a podrido, como sucedió con Kant, cuando ha sido rebatido por Guyau, quien destroza el positivismo kantiano oponiéndolo al razonamiento anarquista y definiendo a éste como «... un sentimiento de fuerza propia; es la vida que se desborda, que trata de esparcirse...» Y claro, añadimos nosotros, la vida no se presta a cánones, a encuadramientos ya definidos por la propia Naturaleza que no tolera moños postizos. Es indudable, pues, que airear nuestras cosas no debe asustar a nadie, a menos que la mala fe juegue carta de ciudadanía, cosa inadmisible o intolerable en nuestros medios. Razón, que no Dogma, diremos siempre.

Un libre examen de situación, haciendo caso omiso a los votos y acuerdos mayoritarios de los cuales diría en alguna ocasión Mella actualizaban el materialismo de Marx contra el espiritualismo y la libre determinación de Bakunin. Ley —la de las mayorías— que yugula las discusiones por la base al establecer «normas» irrefutables que todos han de aceptar y de cumplir hasta la próxima ocasión. Y ¿por qué no poder examinar nuestras cosas...?

A aquellos compañeros que cuando se les pregunta por un plan prerrevolucionario y nos dicen que ello debe de quedar al caso de los acontecimientos, bueno será reproducirles estas palabras de Kropotkin:

«Ninguna lucha puede tener éxito si no es consciente, si no persigue un fin concreto y definido. No es posible destruir nada de lo existente si los hombres de antemano no han convenido entre sí durante la lucha, así como en el mismo período de la destrucción, qué es lo que van a poner en lugar

de aquello que haya sido destruido. Ni aun la misma crítica teórica de lo que existe es posible sin que cada uno se represente a sí mismo, más o menos exactamente, la imagen de lo que desea substituir a lo actual...»

Prosigue Kropotkin en sus consideraciones, que mucho deben de decir a los compañeros que eluden, con ambigüedades, tan trascendental problema, afirmando:

«Decir a las gentes: «Destruyamos primero al capitalismo y la autocracia, y después veremos lo que deba hacerse», no es más que engañarse a sí mismo y engañar a los otros. Jamás ha sido creada una fuerza real por medio de la decepción...» «Y cuando el pueblo combate el capitalismo, siempre tiene una cierta concepción, una idea vaga o definida de lo que quisiera ver en lugar del capitalismo, ya el capitalismo de Estado u otra clase cualquiera de Estado Comunista, ya la federación de libres asociaciones comunistas para la producción, el cambio y el consumo.»

II. ANTE EL PROGRAMA SINTETICO DE FALANGE

Dado que las fisuras en las filas de Falange y monárquicos se han ido agrandando últimamente y amenazan la estabilidad gubernamental, afianzada precariamente por los dólares americanos y las bendiciones vaticanistas, y aun estas últimas débiles por las concesiones del «caudillo» a los protestantes. Todo ello ha traído como consecuencia la formulación de una «plataforma» que el general Franco ofrece como panacea que servirá para aliviar los males que aquejan a la Península y quizá de «modelo» al «Novo Estado» portugués.

Ante la división en Falange y las actividades monárquicas encaminadas a minar la confianza del «partido único» y ganar posiciones, Raimundo Fernández Cuesta, secretario de Falange, definió las ideas a base de un Programa Sintético, encabezado con un preámbulo que decía: «El Movimiento Nacionalista está compuesto de todas las fuerzas que se rebelaron contra la República Española, agrupadas en una organización policial sometida a la disciplina de su jefe nacional (Franco) y que acepta una doctrina cuyos puntos principales son los siguientes: 1. — La representación popular al través de la familia, los sindicatos y las municipalidades en lugar de los partidos políticos. 2. — La autoridad del Estado. 3. — La religión católica. 4. — Reconocimiento del régimen sindical corporativo como la única organización de la economía nacional y del mundo del trabajo. 5. — La realidad de las declaraciones programáticas de la Carta Española de Derechos. 6. — El estado de bienestar social.

Esta es la sapientísima «base jurídica» de un movimiento que, después de combatir carniceramente a los elementos revolucionarios y a los grupos izquierdistas, no sabe ni por qué ha luchado y «de pronto» otorga preeminencia dentro de la extraña clasificación jerárquica a los sindicatos; claro que los sindicatos «azules» no son sino un pálido reflejo de los estatuidos en condiciones más

bonancibles en otros países y en la propia España. Esta monstruosa mixtificación de los principios por los que ha luchado la C.N.T. en España mueven a reflexiones acrecentadas cuando se estudia el sistema de seguro social y la carta de retiro obrero, cláusulas que afectan a la burguesía y otorgan determinados privilegios a las masas laborantes. En concreto se trata, según nuestro leal entender, de una incitación al gregarismo y a la apatía, que las clases laborantes españolas acogerán con la misma indiferencia con que han recibido otras maniobras de los reaccionarios de todos los tiempos. No obstante, ello mueve a reflexiones e incuanto a lo difícil que debe de ser para Franco pretender mantener un estatuto medieval en España, mientras en otras naciones, unidas con el ritmo manumisor del petróleo, la electricidad y la energía atómica, inician escarceos — escabrosos para el capitalismo — en el terreno de las relaciones entre obreros y patronos, logrando — en algunas ocasiones — **modus vivendi** que sobrepasan las aspiraciones de los tímidos republicanos y socialistas conservadores. Lo tenemos en el hecho trascendental del punto IV del Programa Sintético al «reconocer el régimen sindical corporativo como la única organización de la economía nacional», ya que, dentro de las reservas mentales con que está redactado, quiere ingenuamente ponerse al día en lo referente a «corrientes sindicales» y en ello sigue ostensiblemente los nuevos lineamientos jesuiticos, pensados, madurados y hechos digerir desde Roma.

En síntesis el propio régimen cavernario que priva en la Península toma nota de las «innovaciones de moda»: el progreso social.

Aquí es donde la Confederación Nacional del Trabajo reencuentra su misión revolucionaria ibérica, puesto que medularmente es española. Por el momento, lo perentorio es la lucha contra el franquismo y su destrucción; para ello no debemos despreciar la colaboración con los distintos organismos que en el interior y en el exilio persiguen el mismo fin. Sabemos de antemano el caos económico que en cualquier momento nos puede legar el franquismo; nos imaginamos los terribles momentos de transición que Iberia deberá pasar hasta su normalidad. La creación de adecuados engranajes económicos y culturales para evitar el colapso como comunidad civilizada. Al respecto es grato consignar, pese a los pesimistas, que la C.N.T. no sólo de ideas ha vivido, sino de realidades, y la etapa constructiva de nuestra revolución dio mucho en nuestro favor, y no todo fue improvisación del momento; veanse las memorias acerca de las colectivizaciones y la reforma agraria (merece citarse «La C.N.T. en la Revolución Española», de José Peirats, donde se recogen en detalle los alardes creadores de nuestra querida central) que desdican la tesis de «sindicalismo confuso» que nos endosó el ya fallecido Luis Araquistain en unos artículos y que demuestra hasta qué punto el ilustre ensayista andaba despistado acerca de nuestras cosas por sus cotos socialistas, donde impera la dialéctica y un torneio de series e inocuas razones donde no brilla la acción combativa sino el oportunismo político que ha contado con fracasos sonadísimos en estos

últimos años. Volviendo al señor Araquistain, bueno será reproducir lo que Kropotkin decía en torno a la dialéctica: « Mucho se ha hablado últimamente acerca del método dialéctico, recomendado por la democracia socialista. Pero nosotros de ningún modo preferimos ese método al de las ciencias naturales. Toda la inmensa serie de adquisiciones del siglo (pasado y presente) al método inductivo-deductivo, que es el único científico, se la debemos... ». Se refiere Kropotkin a la investigación de los hechos históricos mediante la investigación sistematizada, que busca la comprobación, tras la deducción. Convendría al señor Araquistain, que en una ocasión mencionó al anarquismo « como una manifestación fisiológica de hambre », hubiera estudiado estos problemas.

El meollo de la situación es, pues, la posición sindical de nuestra organización y su futuro en España. Andemos con tiento; se ha dicho en nuestros medios que somos « anarcosindicalistas » y no sólo no queremos negarlo, sino afirmarlo, pero tenemos enfrente el porvenir y debemos ganarlo nuevamente, ya que, bajo una intensa preparación ideológica, el falangismo y sus derivados intentan captar hasta la más mínima energía de la juventud española. El patriotismo exaltado; la catequización para la formación de los nuevos ciudadanos católicos; la constante visión de un mundo que no ofrece cambios y si desesperación. Los círculos y personalidades intelectuales enfrentados con las « sutilidades » teológicas del dogma y el imperio más opresivo de la cruz sobre las entendederas, en forma tal que al Nazareno conmovieran, de existir. En fin, el engendro de un orgullo natural desviado hacia caminos negativos.

III. LA NUEVA CARA ESPAÑOLA

La juventud española actual suma varios millones de personas que no conocieron objetivamente los problemas a los que tuvo que enfrentarse la C.N.T. Muchos de ellos empiezan a ser personas que deberían — en una sociedad libre no habría problema — poseer un criterio ya maduro. Sabemos que muchos han podido conseguir la información y las enseñanzas que los conduzcan a la liberación mental necesaria, para rapeler la dosificación « cultural » franquista. ¿Y los demás...? Digamos de una vez que España, la que llevamos en nuestro corazón y en nuestra mente, no cambia; pero España tiene muchas caras nuevas y la C.N.T. debe encarar este hecho. Sabemos que lo está haciendo, pero es necesario machacar sobre este punto.

Reconozcamos lealmente que el nuevo panorama hispano ofrece distintas facetas. Nos encontramos ante un pueblo que mira ansiosamente el porvenir con cierto desencanto, emanado de las promesas incumplidas de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, en la cual tomaron generosamente nuestra sangre y después apuntalaron — para ignominia y baldón de sus lemas tan profusamente propalados — la dictadura española con dirección « vitalicia » (como cínicamente asegurara uno de los

más « distinguidos » corifeos del franquismo, recientemente).

El sentimiento español ha sufrido duros embates a últimas fechas. Usualmente hemos vivido más en la mente que en el suelo. Díganlo si no los personajes de Calderón, Cervantes, Galdós o cualquiera de los grandes ingenios que hemos tenido. La intromisión de los americanos en la vida nacional; la evolución de los últimos inventos y su popularización, al par que la desilusión del español medio por la consecución de soluciones rápidas, han transformado la fisonomía nacional, hasta el punto de convertirla en un mero objetivo materialista en el que las necesidades perentorias e ineludibles (pan y abrigo) toman carta de ciudadanía « total ». Y este asunto es tanto más lamentable si comparamos a España con otras naciones europeas, donde — pese a las dificultades bien conocidas — se procura resolver el problema del diario vivir y se hace lo posible por superar — con cierto éxito — el problema cultural. Se hace lo imposible porque el espíritu crítico y creador no se ahogue.

Para nadie es un secreto el ostracismo cultural de Iberia; estamos alejados en gran medida — totalmente sería imposible — de la marcha mundial en el terreno filosófico; claro que esto puede tener una compensación — ciertamente irónica — en el hecho de que nos « vamos acercando a Dios cada vez más ».

IV. — SUGERENCIAS

Resumiendo: la C. N. T. debe adentrarse en la cambiante fisonomía española y ofrecer su energía e idealismo a los nuevos grupos humanos surgidos de nuestra entraña materna. No olvidemos que, entre ellos, puede surgir algún nuevo Larra que enjuicie la generación « del exilio y de la cárcel » preguntándose angustiado si la continuidad puede desaparecer. Evitemos el orgullo, la apatía y las cerrazones mentales. Seamos siempre jóvenes y encaremos el devenir con mente fresca, resguardados por los basamentos inmortales de nuestros principios.

A título de sugerencia podría ahondarse en los siguientes puntos:

a) Contacto intenso con la nueva juventud, para la formación de nuevos cuadros militantes.

b) Estudio de las realidades económicas nacionales, teniendo en mente el crecimiento de población y los adelantos atómicos aplicables a comunicaciones, minería e industria.

c) Interesar a la joven generación científica española con nuestros objetivos.

d) Estimular el resurgimiento de militancia con capacidad para impartir directivas sobre el terreno y con preparación ideológica amplia.

e) Estudiar acuerdos que eviten, ampliación de los puntos c) y d), una tecnocracia o un dominio tiránico de los sindicatos. El pueblo — técnico o profano — será por igual responsable en la marcha de los destinos nacionales.

f) No ser partícipes pasivos de una acción gubernamental en España. Entendamos bien el asunto

¿HACIA UNA SOCIOLOGIA HUMANITARIA?

Sentido humano del pensamiento libertario

por Severino CAMPOS

EL ciclo de metas sociales, puestas a disposición del hombre, indican un cambio de orientación sociológica. Las concepciones de finalidad afin agitan sus banderas, en proporción mayor a la que tratan de perfeccionar su pensamiento, en lucha dispuesta a inutilizarse unas a otras. Varias estructuras disputan la preeminencia, y pocas piensan que algunas, por débiles y anticuadas, en caso de triunfar tendrían vida efímera.

La utilidad privada declina su poderío; se hace sentir la necesidad de una distribución cada vez más equitativa. Al mismo tiempo, gradualmente, el esfuerzo creador, y su consecuente riqueza, se incorporan a matices sociales de estructura comunitaria. Va reconociéndose, aunque con mucha resistencia, que el destino del hombre será una convivencia donde se confundan intereses, anhelos y realidades.

La concepción libertaria de la vida, filosóficamente hablando, es relativamente joven. De ahí su lozania y sus bríos revolucionarios. Examinando lo que ofrece como horizonte de estructura social, nada existe igual para que el hombre goce de todo lo que necesita, y desarrolle sus facultades creadoras. No se ha originado ninguna filosofía, ni religión, que mire con tanto respeto al hombre.

Desde tiempos remotos ha habido destellos anárquicos, de contenido subversivo y analítico, pero carecieron de cohesión para tenerlos en cuenta como cuerpo de doctrina. Antes de Godwin, que perfila la justicia con brillo y enjundia anárquica, nada había alcanzado vertebración tan viva y elocuente. El desarrollo cultural, elevando la comprensión, y refinando el sentimiento de lo justo, completaron un bosquejo de relación humana de gran porvenir.

con la siguiente disyuntiva : O damos fuerza nacional a las nuevas federaciones de nuestros sindicatos que se creen o caeremos sumisos ante cualquier componenda de partidos, con posibles vinculaciones en el extranjero.

Que nadie vea en estos párrafos cambio de una manera de razonar (en este caso libertaria); por el contrario, es una mente que procura horadar el arcano confederal y razonar acciones posibles, sin usar tópicos más o menos inoperantes en estos momentos en los que el panorama hispano aparece más nublado que nunca.

Verdad es que como esquema y realidad ha ido muy poco más allá de su promesa; mas eso no disminuye el valor de sus fundamentos. Sus rudimentarios ensayos nada desmintieron de sí; su humanismo tuvo la más patente confirmación, al través de pruebas irrefutables, tanto en el campo del trabajo como en la distribución de los productos. Hay que reconocer, además, que todavía no es un pensamiento social bien desarrollado. No ha podido demostrar ampliamente lo que vale y a dónde va, ya que fueron y son muchas las dificultades que se anteponen.

La evolución de la vida, con sus intermitencias revolucionarias, ha ido cambiando las características incipientes, y superando el primitivo contenido. Ya se cuenta con una riqueza de valores incalculables. La actitud subversiva de la persona anárquica, antes aislada, esporádica, hoy está amparada por sólidos factores científicos y filosóficos.

Del campo anarquista surgen literatos, pintores, sociólogos, científicos y filósofos; en el hemisferio de estas y otras actividades, aquellos que no han hecho declaración de sentimientos anarquistas, por algún reparo o temor, en su obras ponen algo de libertario para adquirir mayor relieve y realidad social. Es innegable, pues, la tendencia a humanizar la vida, a elevar el grado de respeto al hombre, lo que asevera la tesis fundamental del Pensamiento Libertario.

La idea de socializar las creaciones, de darles sentido y valor comunitario, se desarrolla cada vez más impregnada de humanismo; frente a sí tiene muchas y grandes adversidades, pero son resistencias que diariamente van cediendo. Esta obra de superación, si es eminentemente libertaria, no se debe exclusivamente a las personas de reputación ácrata. Hay hechos aislados, y aportaciones indirectas, de hombres no enrolados en el movimiento específicamente libertario, que son servicios indiscutibles a la causa anarquista. Por ejemplo:

«La desigualdad política y económica produce, por virtud de las mismas leyes de la selección, la ignorancia y la miseria abajo; la locura, el crimen y la esterilidad arriba. Los hombres parece que están organizados para la igualdad.»

El doctor Jacoby, autor del párrafo anterior, tiene motivos sobrados para tales afirmaciones. No es libertario, pero se inquieta por uno de los aspectos fundamentales de la vida humana. Esa inspiración es coincidente, por lo menos en su fon-

do humano, con lo que preconiza y defiende el Pensamiento Libertario. ¿Y qué nos dice al respecto el filósofo Alfredo Fouillé?

«En suma, la diversidad de las inteligencias, y el vuelo de los genios, no tiene nada de incompatible con la igualdad de los derechos. Con todo hay que añadir que es verdad que todas las libertades se enlazan de cerca o de lejos; la igualdad de los derechos civiles reclama la igualdad de los derechos políticos; la igualdad civil y política, a su vez, tienden a producir espontáneamente una igualdad **progresiva** de las inteligencias, de los conocimientos, de la educación, de los bienes, de las condiciones sociales.»

Esta definición de la igualdad no está exenta de tinte y savia ácrata. En ella se conjugan factores que la inspiración libertaria aludió exclusivos de su patrimonio. Partiendo del derecho individual, que lleva implícitas obligaciones de respeto y solidaridad con los semejantes, se llega a la conclusión de que los bienes, productos del esfuerzo general, no pueden dejar de ser patrimonio de usufructo común. Y si a tales fines se encaminan los análisis de los sociólogos, la igualdad de los derechos es factor principal.

La suerte del hombre radica en su capacidad de comprensión, de colaboración social y adaptación a una base de seguridad común. Razón hay para afirmar, que mientras no se llegue prácticamente a esa conclusión, nadie se sentirá completamente seguro. No se puede llegar ahí sin una rectificación de normas de convivencia, de conductas humanas, puesto que con la misma base moral del hombre no se puede lograr otra condición social que la que tenemos y soportamos. La solución está, como afirma el Pensamiento ácrata, en la elevación de la personalidad, en su superación ética.

Tal ascenso, sometido a examen, ofrece la conclusión de un fenómeno normal. Ya se ha llegado a situaciones de superioridad que eran ineludibles; y por el mismo camino, se llegará a otras que el mundo del privilegio, adusto, cerril e inhumano, mira casi con pánico. El hombre se supera gradualmente; lo que hoy realiza es mejor que lo de ayer; lo que realizará mañana mejor que lo de hoy. En su formación constante y ascendente, siempre ampliando su horizonte cultural, hallando placer y refinándolo en el esfuerzo solidario y próspero, la personalidad humana va cubriendo las etapas que elevan sus virtudes y la hace más feliz.

Vano será no aceptarlo. Las leyes que rigen la existencia del hombre son las mismas que las que rigen la sociedad; ambas son organismos de similar estructura y necesidades; en el uno y en la otra, el valor y seguridad de la última etapa, apreciada como superior, sólo puede descansar sobre antecedentes de garantía. De no ser así, el terreno que se pisa es falso, ruinoso, en el que nada bueno puede edificarse.

A la proyección de transformación ascensiva concurren varios factores, unos complementarios de otros. Es ley básica de toda sociología, con expresión vital más elevada cuando se refiere a la existencia humana. La función especial de cada cual, de mayor o menor importancia, no puede ser

menoscabada sin que se resienta todo el organismo. En todo momento y lugar fueron premisas que la propaganda libertaria aireó.

Tratando de conocer al hombre, constantemente en busca de su mayor bienestar, la penetración ácrata nulifica todos los sistemas en pugna con la equidad. Sobre esta base, específicamente ética, tienden a edificarse los sectores de movimiento intelectual que a la colectividad pretendan aportar soluciones sociales. Con el concurso de tal aplicación, que se irá aceptando a medida que se gocen las delicias de la colaboración y del sentimiento comunitario, el esfuerzo, físico e intelectual, alcanzará su mayor prosperidad y exuberancia.

Para llegar a cubrir esas facetas no faltan motivos de impulso; también pueden serlo de reflexión. Todo es necesario y tiene su efectividad. La sensibilidad a las injusticias subleva y fomenta revoluciones; el afecto a las personas, a la Humanidad, y el deseo de que el bienestar sea común, armoniza, crea paz y alegría.

Las eclosiones violentas, afrontadas por los anarquistas en defensa de la humanidad, son de tanta autenticidad ácrata como el más pulcro de sus pensamientos; responden a un grado de sensibilidad y de cultura, de inspiración próspera y humanitaria, de anhelos fraternales, encaminadas a contrarrestar la preponderancia agresiva de las instituciones vigentes y a sus defensores. Cuando no haya dominio, despotismo y explotación, las revoluciones violentas no tendrán lugar.

Por sociología humanitaria sólo podemos entender la cooperación de todos los elementos que contribuyen a liberar al hombre. Es primordial que a esta tarea se centren los esfuerzos que pretenden mejorar el género humano. Constantemente, el Pensamiento Libertario ha recalcado que el intelecto, para ser útil y humano, debe dejar de ser dogmático y servil; si es dogmático, está en pugna con la equidad; si es servil, sólo las castas pueden utilizarlo. En ambos casos es opuesto a la fraternidad social.

En la vida social existen varias esferas de agitación intelectual, de las que depende, en proporción considerable, la elevación o envilecimiento del individuo. Lo que necesitan esos focos de vibración, para ser tributarios a la gran obra manumisora, es una ética comunitaria que oriente la creaciones lanzadas por el genio. Si falta esa ética, ese elemento de la existencia que enlaza, coordina y estimula, las grandes creaciones fácilmente pueden traducirse en motivos de esclavitud y destrucción de dignos valores.

La voluntad es el motor que impulsa, la dinámica que abre camino, pero no factor único ni el más importante. En Marden y Atkinson hay mucho de bueno, mas no todo lo que sugieren. Para que tengan contenido humano las estructuras sociales, arraiguen en el hombre y completen el ciclo vital capaz de acreditarse como algo superior, no debe faltar el concurso del pensamiento, y del sentimiento, que son los que perfeccionan y culminan la obra benefactora.

La comprensión, una de las virtudes esenciales en el fomento de buenas relaciones, todavía no irrada vigorosa sobre los manantiales de pensa-

PROSA RURAL

Tulebras, un minuto

TULEBRAS, localidad navarra, es un convento de monjas con un puñado de casas al interior del portal frente a la carretera. El portal se cierra con cerrojo por dentro a prima hora de la noche en que el personal de campo ya está recogido. La medida del cierre data de la guerra carlista, y como las religiosas bernardas, dueñas y señoras del dominio, la encuentran en su punto, aún rige.

Algunas treinta casas, sin apariencia exterior, constituyen el mínimo burgo, con una sola calle, desde el muro hasta el arco que da paso a la monja y a la iglesia. Esta parte, con su fotogénica explanada, semejante a un patio de cuartel, es agradable.

Mas no tanto como lo frondosa arboleda de cabe al río, donde las mujeres lavan para los ricachos de la ciudad vecina a fin de ganar la vida.

Son aquí, por San Bernardo y San Bernardillo, en agosto, la merienda de escabeche de bonito y melón o sandía de los no relacionados con los petimetres que refrescan en el tinglado de Varea, forasteros y otros.

Tulebras, en la línea de Tudela de Tarazona, tiene apeadero, al que sin faltar un solo día acude con la sonanta a tocar y cantar la misma jota siempre el « Ciego de Tulebras ». Acuden también « Matallaraña » y tía « Poquitos » a pedir de corrido porque el autovía sólo para un minuto. Si arrojan una moneda por la ventanilla del tren es para el primero que la coge y riñen.

miento capaces de resolver los grandes problemas. Aún pesa mucho la educación tradicional. Los convencionalismos se yerguen retadores y amenazantes; el temor a ciertas fuerzas sobrenaturales, y a las corrientes de brutalidad autoritaria, son obstáculos opuestos a la expansión creadora del intelecto. El vigor eficaz de la inteligencia no se genera en la proporción que el hombre podría producirlo en vida normal; tampoco, el que surge y se eleva, florece y adquiere potencia, se plaza en el lugar de su competencia para desarrollar mayor rendimiento social.

Tales condiciones no deberían pasar desapercibidas a quienes estudian la evolución superatriz de la sociología; toda una gama de complejos se antepone el pensamiento renovador. El proceso de avance es titánico, admirable; se rompen mallas opresoras, y se augura una total destrucción de lo que ha sido causa de miseria y hundimiento, pero la tarea reclama más esfuerzo, más inteligencia, y más integridad para lograr objetivos de auténtica justicia social.



Las monjas obsequian a las visitas con unas originales horquitas de ajos, que no son tales ajos, sino artículo de confitería elaborado por ellas. Todo convento de clausura tiene parte de cárcel modelo, donde el misterio y el silencio se compaginan.

Los frailes de Monteagudo — excelentes pelotaris algunos — vienen al cercano apeadero paseando y fumarreando. Tienen el don de iluminar su iglesia en un instante con el llamado hilo infernal que por sí únicamente se propaga. Pero carecen de una huerta como la de las monjas de Tulebras, con las tapias tan elevadas que sólo se ve la copa de los árboles.

Este dominio presenta igual catadura que el de La Joyosa, siendo preciso para quedar de asiento con tierra a cultivar que el colono acredite religiosidad y que de su conducta se responsabilice persona solvente. Ir contra la corriente costaría caro, y eso allí nadie. El país donde más se reza y más se blasfema. Perdónase al mal hablado, no al que los días de fiesta no oye misa. Raros son los que pueden decir en lo que creen y porqué lo creen. Esto es como el que trae de nacimiento una señal que con nada se quita. Lo mejor para la persona de ideas avanzadas que no pasa por el aro es llevar anclas, y con la música a otra parte.

Tulebras, predio de San Bernardo, con un porción en el camino real desde los carlistas.

Tulebras, colonos de asiento con obligación de oír misa domingos y disantos.

Tulebras, un soto verde en todo tiempo con un río en el que lavan la ropa de los ricos las mujeres pobres.

Tulebras, el ciego que en la estación toca y canta la misma jota siempre.

Tulebras, un minuto.

PUYOL

ANTE EL DESARREGLO DEL MUNDO

EL ANARQUISMO,

única solución efectiva

Un estudio de Juan FERRER

I

EL DRAMA DE EUROPA

CON ser espantoso el panorama retrospectivo de la doliente Europa, lo es mucho más, si cabe, su inseguro y tenebroso porvenir. La ambición de los poderosos corre parejas con el afán de venganzas que roe las entrañas de los poderes abatidos. Y la miseria de las clases desposeídas se agrava de forma alarmante considerada su pérdida de interés moral. Los gobernantes continúan entregados a los juegos macabros y de rapiña y las masas obreras no aciertan a comprender. En 1914, éstas nutrieron los ejércitos contendientes bajo promesa de la libertad del mundo; mas en 1939 debieron acometer la segunda parte de esta interminable y supuesta salvación. La democracia burguesa ha triunfado en 1918 y en 1945, y otra nueva conflagración que al fin conseguirán, llevará a la generación que sube a una nueva degollina bajo el repetido pretexto de la libertad de los pueblos.

Que las multitudes trabajadoras no comprenden, lo patentizan fiando estúpidamente en sus jefes, y ya con la mera aceptación de jefes. La clase obrera labra inadvertidamente su desdicha, y por ende la desgracia del mundo, renunciando a su personalidad revolucionaria en beneficio de unos parlachines que en las esferas gubernamentales cotizan particularmente, o «partidariamente», su indebida representación. Afianzaran su voluntad y se decidieran por el amor y el progreso universales, y los grupos productores de las diversas partes del globo conseguirían poner un término a las guerras y al estado de miseria física y moral que resulta de las mismas. De los trabajadores unidos y compenetrados depende que la paz vuelva al corazón de los hombres. Extinguiendo la fiebre militarista no contribuyendo a ella, y destruyendo el interés capitalista para revalorizar el interés humano se haría profunda y objetiva labor en beneficio de la felicidad colectiva.

Se podrá argüir que sembramos quimeras: pero detrás de esta objeción se agachan los amontonadores de cadáveres de la Scheide, la Krupp, la Vickers, la Skoda, la I.G. Farben y toda suerte de entidades y personas intrigantes y malévolas que

ansían fabulosas riquezas arruinando la moral y la vida de los pueblos. Y las que pagará con creces la tercera tragedia serán, como siepre, las colectividades humanas, y de ellas lo mejor: la clase productora. El prurito que desconsidera las propandas anarquistas —humanas por antonomasia— la población del planeta lo satisfará con otros cincuenta o más millones de muertos. La sociedad presente, imperfecta como es, sigue considerada insustituible y digna de respeto. Variar o perturbar el juego de muerte y rapiña, se interpreta cosa que ilusos y sobre pensamientos nuevos no se quiere meditar.

Entonces, ¿qué hacer? Reemprender la peligrosa ascensión de los nacionalismos, la carrera de los armamentos hoy superada con la bomba atómica, los cohetes, los aviones a reacción y el radar. Para mayor pena, los elementos socializantes que se desgajaron de la Primera Internacional, la única con espíritu humanista y de clase que han poseído los trabajadores, se han integrado definitivamente, a partir de 1914, a las diversas corrientes de la locura nacionalista y guerrera. Descontada la moral anarquista permanente, los valores éticos de las multitudes proletarias están a cero. La modernidad se inclina por lo insustancial y catastrófico y los líderes «obrereros» hacen lo indecible para acentuar esta funesta desviación. El proletariado sigue el camino del caos, anda a tientas, de espaldas a la realidad. Un carnet, un mitin, una candidatura y a veces un vaso de alcohol en la tripa, forman el detestable «cocktail», que suple la necesidad de un ideal. En plan de obrerismo «consciente» hubo quien reconocía el derecho de Inglaterra sobre los países que dicen han civilizado, de la sombra protectora de los Estados Unidos de América sobre los pueblos débiles de aquel continente, y del contrapeso que debe ejercer Moscú para mantener el equilibrio de la política internacional; en fin, que desde el campo obrero se abunda en razonamientos de origen burgués y dictatorial.

Los trabajadores están descentrados cuando aprueban las charlatanerías sobre la carta del Atlántico (1), las «nuevas» modalidades, los determinismos, esto último copia vulgar del «estaba escrito»;

(1) El Mercado Común, la Europa política y otras sandeces.

sobre la «acratización» de los Estados, la diosa Economía, la democratización de los ejércitos, y otras zarandajas propias para incrementar el gregarismo (materia indispensable para la formación de masas), mientras los poderes tiránicos y homicidas restauran sus fuerzas y cobran forma para las locuras del porvenir.

En tanto el capitalismo se afana en conservar posiciones y trata de establecer otras nuevas para mejor atacar, las multitudes obreras, mal servidas por sus líderes, operan en constante regresión. Los mentores de la plutocracia engendradores de guerras se movilizan y pertechan en la clandestinidad, mientras en público recomiendan calma y paz a los trabajadores. Y éstos creen y no meten inquietud, intoxicados por el opio palabrero de sus directores.

Para bien de la burguesía, y también del despotismo que ha enraizado en Oriente, la peste caudillista se ha adueñado de la voluntad de los obreros, de quienes extrae hasta la última gota de tesón. Así, las almas muertas no podrán acometer empresas fuera de partidos, no se saldrán de fila, irán a la huelga por mandato, votarán por disciplina y no darán un paso sin el consentimiento oficial... Con esta centenaria teoría, mal ropada a la moderna, el proletariado está perdido, o lo estaría de no mediar el anarquismo. La visión de una nueva guerra, seguida del imprescindible cortejo de calamidades y horrores, es algo tan espantoso que invita a meditar. No son los Estados —fatales engendradores de odios— quienes restañarán las heridas por las cuales la Humanidad sangra sin cesar. Ni los gobiernos totalitarios que encubren su desagradable mercancía con trapos de seda tejida en todas las capitales. Sólo una teoría —convertida a la práctica en España— abierta a los vientos de la libertad y del derecho integrales, podrá resolver el difícil y emocionante problema del acercamiento cordial de los hombres y de las razas. Cuando el latino se dirija al eslavo y al sajón para ofrecerles la flor de su pan y lo mejor de sus costumbres, aquellos lo recibirán con agrado y con mano de amigos. Y viciversa. Entonces las armas mortíferas carecerán de objetivos y las rayas fronterizas de sentido. Cuando los hombres ignoren los poderes humanos y divinos, mejor se reconocerán entre sí. En un régimen de equidad sólo un desequilibrado sería capaz de exigir dos pares de calzados para que su vecino permaneciese a pies desnudos. En una asociación de hermanos, nadie comería con tranquilidad en presencia de un semejante desprovisto de pan.

Hay que agrietar los poderes actuales para facilitar un cambio de orientación y de circunstancias. De lo contrario, la Inglaterra de los pares seguirá en sus treces y la Alemania de los junkers también. La primera es la madrugadora que se apropió de lo más florido de la tierra y la segunda debe pagar caro el delito de haber prolongado más de lo debido su siesta medieval. Hinchada de personal, Alemania no cabe en su piel, ocurriéndole lo propio a Italia y al Japón. Esta es la síntesis de las guerras periódicas que los prejuicios de raza, casta y fronteras contribuyen a exacerbar.

Por su parte, la Rusia roja ha heredado la comezón imperialista del zarismo. Stalin confesó estar satisfecho del triunfo adquirido sobre el Japón. A cincuenta años vista, el difunto Nicolás II le devolvía la pelota a su contricante Mustsu Hito a través del otro dueño del Kremlin.

La Gran Bretaña, enfrentada a la U.R.S.S. por contradicción de intereses, se apoya en lo posible en los EE. UU. y se rodea de naciones satélites, mientras que la Unión Soviética, inducida por preocupaciones similares, construye sin remilgos su caparazón oriental, el cual va del Elba hasta el estrecho de Behring. Para mayor complicación, entre las propias naciones alienadas en este o aquel bando, las querellas y las reclamaciones se suceden sin interrupción. Existe, por causas de las fronteras o por las riquezas yacentes más allá de las mismas, un enmarañado entrelazamiento de codicias y rivalidades. Señalemos la voracidad que los Estados potentes manifiestan por los pozos de petróleo, hoy que la aviación juega un rol preponderante tanto en la guerra como en la paz; hoy que la navegación y el transporte terrestre, así como las industrias privadas, se petrolizan, y no se concibe agresión a pueblo alguno sin utilización del carro de combate movido a gasolina.

Además, Alemania permanece revanchista.

Además, Londres, Washington y Moscú se observan en todos los lugares estratégicos del planeta.

Confesamos que el drama próximo no carece de argumento.

II

FALSEDAD DE LAS SOLUCIONES MARXISTAS

La fracción política del socialismo estableció escuela bajo la égida de Marx.

Se escribió en el Manifiesto Comunista una frase lapidaria: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», y seguidamente la regla fue adulterada. Los propios redactores del Manifiesto —Marx y Engels inventores del socialismo de Estado, rectificaron la premisa apolítica sugiriendo que la emancipación de los trabajadores podía ser gestionada por los representantes de los trabajadores mismos, agregados al Parlamento burgués. Desde luego, que con tan simple e incruenta solución la mayoría de las personas situadas al margen del bienestar se conformaron alegremente, puesto que es muy cómodo recibir beneficios substanciales sin exposición personal ni molestia gravosa. Deslizados por la pendiente simplista, o por mejor decir, mesianista, los conglomerados obreros utilizables votan incesantemente, desde mediados del siglo pasado, sin consentir otro resultado que la solidificación de la teoría estatal, la cual en un principio se propusieron aventar.

Éxitos electorales esplendorosos, la socialdemocracia —hija mayor del patriarca Marx— los ha conseguido numerosos en Alemania, Inglaterra, Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, Francia e Italia. En ocasiones repetidas el socialismo refor-

mista ha sido poder, habiendo su gestión carecido de efecto favorable. En lugar de utilizar la máquina estatal en provecho de los desposeídos, el socialismo colaborador se ha visto obligado a considerar un sistema montado a la burguesa y a servir el interés del enemigo. La socialdemocracia germana cometió la barbaridad de fusilar obreros revolucionarios. Los socialistas españoles, participantes en un gobierno burgués, no podrán recordar con agrado las masacres de obreros a los cuales la República no había dado satisfacción. Aristides Briand instituyó el brazalete militar en 1912 para provocar el fracaso de la huelga de ferroviarios franceses, y Clemente Attlés en 1946, perdió la huelga de los portuarios ingleses utilizando mano de obra militar, suerte que repitió al año siguiente, dueño de los resortes del poder, obra al influjo de la Banca y de los intereses coloniales, al extremo de satisfacer a la clase conservadora en casi todos los problemas de régimen interno e internacional.

Ebert en Alemania, Ramasay Mac Donald en Inglaterra, Vandervelde en Bélgica y Blum en Francia, no hicieron o hacen otra cosa que actuar en plan de estadista burgueses, con lo que habrán conseguido prolongar la esclavitud de los trabajadores.

Los caudillos marxistas de la Italia de 1920 comprendiéndose gastados e impotentes por exceso de función parlamentaria, aconsejaron a su Confederazione Generale del Lavoro la adopción de medidas radicales como la toma de los centros de trabajo para asumir su dirección. Mas, por falta de preparación revolucionaria, el proletariado italiano olvidó de tomar la calle. Semejante omisión —imputable a los directores socialistas y comunistas— condujo al pueblo italiano al desastre. Alentados por este fallo, las tropas burguesas-reaccionarias acabaron con la extraña insurrección de un pueblo que se creyó libre habiendo dejado en pie el aparato represor del enemigo. Luego apareció Mussolini con sus bandas de mercenarios para hincarse en la obra de destrucción total del movimiento obrero. Cuando a veces los marxistas de ambas especies nos acusan de infantilismo revolucionario, nos sonreímos al establecer parangón entre la Italia del 22 y la España del 36.

En general, la socialdemocracia lleva su parte de culpa en el estallido de las guerras provocadas por la ambición capitalista. En 1913, la II Internacional era lo suficientemente poderosa para oponerse con probabilidades de éxito a los designios imperialistas del Kaiser Guillermo II y de la plutocracia inglesa, a la cual no hay que olvidar. Los adherentes al socialismo alemán se concretaban en tres millones y en dos millones los efectivos de las Trade Unions. Con cinco millones de hombres distribuidos en los dos países principales en la contienda, el anarquismo hubiese evitado la guerra mundial 1914-18. Aún hoy, el mundo no saldrá de apuros y nuevas guerras le cortarán el paso a la Humanidad si los pueblos no son convenientemente anarquizados y desvinculados de su absurdo apego a los Estados. Invitamos a los partidos e individuos burgueses o socialburgueses que se consideran el sumun de la sabiduría, a que pre-

senten una fórmula de saneamiento más completa y eficaz que la nuestra.

A pesar de los grandes comicios y de la elocuente palabra de los hombres de la citada II Internacional, cuando el emperador de Alemania lanzó guante de guerra, los socialistas (1) del primer Reich se sintieron ante todo alemanes, encuadrándose sin más objeciones en el ejército nacional. En Austria-Hungría se repitió el fenómeno y la socialdemocracia de Inglaterra, Francia y Bélgica siguió el ejemplo. En este punto, el crédito internacionalista de los núcleos políticos del socialismo quebró sin posibilidades de recomposición. La vida estrecha de los nacionalistas no se había llevado a las grandes masas camino del matadero, pudiéndose esperar, a lo sumo, un acto de contrición al salir de la matanza. La comezón patriótica de los grandes partidos obreros no podrá ser perdonada de una humanidad condenada a periódicas exterminaciones a causa del abandono de los principios antimilitaristas.

Por si una tal dejación no fuera lo bastante criminosa, la socialdemocracia yuguló el estallido de la Revolución Social. La reflexión y el descontento habían motivado el resurgir obrero en la Europa central provocando el alumbramiento de focos de insurgencia en Berlín, Baviera, Dusseldorf y Budapest. Desacreditados los partidos militaristas por la pérdida de la guerra, la república de Weimar cedió el poder a los socialistas. Olvidándose del Manifiesto Comunista y de su misión anti-capitalista, los nuevos gobernantes reprimieron con mano dura todos aquellos intentos de insubordinación social, utilizando sin escrúpulos el concurso de los militares reaccionarios o pre-hitlerianos. Estimulados por Noske, ministro socialista de la Guerra, los soldados del Kaiser caído se lucieron extraordinariamente exterminando al espartaquismo, reduciendo a los revolucionarios de la cuenca del Rhur y liquidando sangrientamente el ciclo revolucionario de Baviera, el más emotivo y realizador de este siglo después de la Revolución española de 1936. Si aquel acontecimiento popular en el que tuvo preponderancia Gustavo Landauer hubiese echado raíces, la Humanidad no hubiera pasado por el trago amargo de la guerra 1936-45.

El deshinche de la Revolución húngara provocado a espada por el germanófilo Horty no implica, por esta vez, complicidades del marxismo con los poderes reaccionarios. Hay que atenerse a la inexperiencia de unas masas que trocaron cándidamente las conquistas de la calle por una dictadura montada a la rusa, digamos con renuncia de sus derechos en provecho de la política del moscovita Bela Kun. Este, soberbio como buen autoritario e incapaz como todos ser auter-endiosado, se atacó a la barbaridad administrativa y a la tiranización de quienes consideraban súbditos y no iguales, lo que perdió crédito a la Revolución y posibilitó la ascensión de Horty, proclamado regente del país por disposición de los ingleses. La torpeza de aquellos revolucionarios se evidenció al no aceptar en la reorganización de la vida húngara

(1) Todos los obreros. (N.D.L.R.)

y al manifestar su nula comprensión de la naturaleza humana. Por haber despreciado el factor hombre sujetándole a los caprichos de Moscú, Bela Kun posibilitó la caída vertical de la Revolución. La táctica de subordinación a la Sede roja cosechó, en 1919, este primer fracaso.

Como se habrá comprendido, la torpeza bolchevique alcanza también su grado de culpa en el fiasco del obrerismo italiano que determinó la entronización del fascismo en 1922. Bombacci, d'Aragona y otros líderes comunistas, compartieron el fracaso con las huestes del socialista Turatti. En Francia, el Partido comunista se ha revelado estéril y contradictorio por falta de «élan» propio. La sujeción a Moscú le corta el vuelo y lo hace aparecer como una sucursal de un poder extraño y lejano. Con referencia a España, nuestro 19 de julio se pasa de la importancia comunista y cuando ésta establece su auge, la unidad antifascista palidece y el pueblo español se hunde. En todo lugar que se revele la existencia del Partido comunista, la penetración popular deviene imposible. La imperturbable carrera imposicionista de los agentes del Partido, su ciega devoción a Moscú, impiden el diálogo constructivo y cortan todo empeño de sinceridad. Tan alarmada está la gente, que siempre barrunta en los agentes comunistas duplicidad de intenciones. La verdad es que el bolchevique poco

le importan los intereses locales por estar sujetos a férreas y lejanas directrices. El Kremlin lo sabe todo y puede disponerlo todo. Mas por profunda que fuese la sabiduría de Stalin, éste no alcanzaría a desentrañar el complejo de necesidades físicas y espirituales de todos los pueblos del orbe. Los españoles antifascistas perdimos la guerra a causa de la intromisión de Hitler y Mussolini y debido a las insolentes actividades de los enviados de Stalin. La aplicación de la rígida política de este generalísimo en los negocios de cada país, ocasionaron tan graves trastornos a los elementos revolucionarios, que les imposibilitó o retrasó el éxito de su gestión. Por el ejemplo de una vida rusa constreñida a plan vegetativo y a férrea conducción, puede suponerse lo que un triunfo total del sovietismo supondría para el porvenir humano. Un plato de garbanzos numerados y sin derecho al propio gusto, es algo tan misérrimo que repele a los espíritus emancipados.

La Revolución de los productores no debe convertirse en un acontecimiento valdío y las teorías de manumisión deben apuntar a un más allá que no consideran los marxistas apeados en la norma burguesa, o en un comunismo deshumanizado y regimentador.

(Continuará.)



OPINIONES DE

Cantones y guardacantones

UN asno no tropieza dos veces en el mismo san pedrusco. Pero los políticos españoles de cero a la zurda — los de nula valía, quiero decir — parecen entesados en rebuznar más musicalmente que los que endosan albardas chuletas a la parrilla de la espalda. Si la experiencia no nos sirve para maldito Dios qué cosa, llevemos nuestra engominada cabeza al tlapalero, a la casquería y al mercado de tuestos artísticos, para ver si nos dan por ella un cuatrín. Ya que para la induccio-deducción nos aprovecha menos que una capaza episcopal de doble pico y pala.

¿A quién, que no sea por derecho propio huésped de una loquería, se le podrá oír con flema decir que en una tercera eventual República, menos limonada o acre que la que por nuestros pecados perdimos, habrá de extremar el rigor legal y penal contra los que atacuen el régimen a babor?

Me parecen, a este propósito, de una justeza precuada y precisa, matemática a toda madre, las apreciaciones que emitió en « Ruta » Pepe Peirats — a quien trasatlánticamente saludo— sobre cantonalismo.

No es sólo una República, la que oportunamente abortó en España. Fueron dos. Y más muertas que una momia, nacerán cuantas en lo sucesivo se alumbren con cirios de procesión, como sus antecesoras. ¿Por qué?

Porque a los españoles se les quieren cortar trajes, que les van a la medida y hasta les caen pintados a las celestes democracias de la universa China; pero dentro de los que nuestros compoblanos se ahogan, porque no les caben en ellos la infraver-tebrección y la cintura.

Del memorable cantón de Cartagena se ha hecho cruel jiga, porque su quijotesco almirante Contre-ras declaró guerra sin cuartel, a lo cachetón, a lo siete machos de Cantinflas, a las flotas de barcos-tanque de Su Majestad anglopersa.

Si con tres cascabillos de nuez por escuadra, mostraron los cantonales murcianos ser tan « echaos p'alante », ¿qué hubieran hecho si llegan a tener un renglón regular de navíos de línea y una buena

formación de cruceros de batalla? Lo menos se meten en el bolsillo a su Canuto y desmontan del caballo a San Jorge.

¿No abrió hostilidades nuestro 36, porque le salió del petral, contra el estúpido mundo entero? Que perdiéramos en la lid o lidia, no empece. Los ánimos no se los abate a la emigración el exilio. Se someterá a nuestra carne mortal. Pero, no se le ajusta el yugo a nuestra razón beligeradora. Y mientras hay gas, hay esperanza de luz.

Si los ingleses están más contentos que chinchas con su laborismo plantogenético, los franceses con su República a la parisién y los americanos con su equipo petrolero y trusterio ¡allá cuidados! **God save de king!** Dios guarde en salvado al rey : como han dicho los rabos de cerdo amarillos a Chang, que enviaba el dinero de los refaccionarios yanquis a la cuenta corriente de dos cuñados que cabalmente tiene en Nueva York y que son de los que hoy palean más dólares, patrióticamente embolsados, en Estados Unidos. ¿Qué marido y qué hermanitos los suyos, **Madame!**

Al español hasta el federalismo novecentista del catalepta Pi y Margall, que por ahí se viste y calza, le resulta azumagado, se le ha quedado corto y no le viene ya.

En la península se gladia **ab illo tempore** una federalidad más densa y profunda, de más suelo y cielo o vuelo : biológica, vital, económica, social.

Y eso, ni grúas y montacargas, gatos y polipastos, lo mueven. Dios está con quien gana o va a acertar el pleno. Es decir, con nosotros, con nuestros sueños benditos. Dios — ya se entiende — es la vergüenza virgínea, las esperanzas de la imperonidad Sur y Norte, la marcha del Roskof, la evolución redentriz, la relojería integral del destorrongado Cosmos.

Y cuantos no se apeguen a tan precioso sentir, son unos transgredidos mandamientos, una cansina recua; se empanatan en un atasco retardar, en una pecina sin nombre.

¡Son más **démodés** que su **yayita pochère!** : la de la canción, con que a bofetadas hacen los platos añicos las gentiles cocineras en rabia de amor.

SAMBLANCAT SOBRE:

ACOSOS' LEBREROS'

La cetrería o caza con aves de presa es un deporte mongol. Las altiterrazas del Pamir, de seis mil y más metros de realce, y nevadas once meses de cada docena, invitan a correr detrás del venado o de la liebre, con la falcónida capirotuda de rigor en una mano y las riendas del pingo al galope en la otra.

Los cruzados trajeron a Occidente esa diversión de un Oriente narcotizado y abatido hasta más abajo de la bestialidad por la filosofía y creencia; punto del horizonte el tal orto, al que fueron los Gestas de la Cruz por los huesos de cuello de un ex carpinterín famélico y de donde volvieron con las propias fichas de dominó hechas cibera y una raspa de sardina.

Alberto Mago o Magno, que escribió de trasgos y de brujas, además de sus sucociones con jorquinas, nos legó también un libro de halconería baronial y feudal.

En España, fue donde quizá la afición leporicida cobró más raíz y madrugó más. Es posible que ahí el azor llegara con los Nanos del desierto. El caso es que las Cortes de curdelas de Shiraz o de Jerez, perdiendo el tiempo, como de costumbre, estatuyen en 1269 el precio de 50 maravedís para un gavilán y de 30 para un robusto bridón de batalla. De ambos animales y de los que los asaban, no se podía dar un ochavo.

El príncipe don Juan Manuel, al que cito por lo sonoro de su mote, prescribe que un señor que se cotice en más de dos cuartos —ninguno los vale— ha de poseer un muestrario de 18 aves de altanerías; dos jerifaltes o sacres garceros; 4 neblis abaneros o perdigueros; 6 baharis o bornis grueros; 3 azores anaderos; 1 gavilán cercetero; otro, torzuelo (macho) de bella planta, y un esmerejón palomero.



Se ceba a esos bichos como a deanes, con hígado de oca y pechuga de gallina, atadas a un trapo de color, que se agitaba en la punta de un látigo. Se las alimentaba con filete de vaca, conejo montés o cordero lechal, como a una recién parida o como una sobraña que en las tetas de la madre se marca para el recreo. El halconero, que había de ser ornitólogo para que no se les comiese las tajadas a sus almunos y se echase tal cual pollito de estrigida al propio arroz, gozaba de un sueldo de prebendado.

Que el exótico sport tomase carta de naturaleza entre nosotros se explica por dos razones como dos rizomas. La Península tiene configuración poliédrica similiaziática, con altimesa doble y muy tro-tandera en la cima y tajeadas vertientes a los flencos. Las hoyas del Ebro y del Guadalquivir hacen bajo Franco el mismo olor de muerto que bajo Brama y Confucio las del Indo y el Yangtzé. Además la mentalidad de nuestros ignates y señoritos manzanilleros es mongoloide, cinegética y venatoria. Vale decir: cinica o perruna y de coqueta de cine; con pozaladas de ciencia hípica y de escopetero de tiro de pichón.

Ayercito no más, alternaban la caza del ciervo con la del siervo. Hoy no cazan más que los pájaros fritos en las tascas; y alguna codorniz en las latas de conserva, en que embasa estofado de criatura el devoto guisandero Trevijano.

Pero los descendientes de los antiguos ricos homes, que eran ricos porque no eran homes sino fieras, que tenían la pata prehensil o dedos más prehensivos que aprensivos, se aburrían, en 1936, en los casinos, en los colmados, en las sacristías y en los tentaderos de reses bravas; y se lanzaron al Movimiento Salvador, que no fue más que una cacería —la del pobre «renard» rojo— que como en la Rusia de Stepinac, ocasionara otras de zorro azul y «argenté», con tal cual pieza mayor de las que entran pocas en báscula.





El universo de Alaiz

V

¿QUE debió encontrar Alaiz en Zorrilla para que de mozo tuviese la idea de aprenderse de memoria todo el «Don Juan Tenorio»? En todo caso emitió después un juicio sobre el famoso rompe-bragas de Don Juan que dista mucho de coincidir con la apreciación que del mismo se da en general por los críticos: «El motivo expresivo más determinante de la faz de Quinet, es la atención, se advierte en su mirar.» «Esta sugestión inquisitiva es muy usada en España por los mirones arremetedores de mujeres. Tenorios de todas horas que ya se contentarían con satisfacer a una sola mujer, débiles repudiados por ellas y condenados a piruetas sexuales, conquistadores de rápida ida y rápida vuelta. Está averiguado que Don Juan Tenorio cambiaba de lecho con tanta frecuencia porque no contentaba a ninguna mujer.»

Sus respetos, que describe con cierta solemnidad, los demuestra abundantes para otro libro y otro hombre. No se conforma con decir «he leído», sino «he leído y releído» Emile. Pero advierte que «Quinet guardaba una afectuosa adhesión a Rousseau, no empañada por esa especie de crítica poco premeditada que desearía encontrar en Rousseau el eco de los descubrimientos posteriores a él.»

No le gustaban las aulas por «petulantes y secas». Su objeto era, mediante la educación, despertar en el estudiante «un gusto personal». «¡Qué buen profesor había sido el padre para con el hijo! Dibujaban mapas y rutas, hacían estadísticas de producción, de analfabetismo y de nacimientos. Leían libros de viajes... con los que se paseaban por selvas, puertos y montañas.»

Alaiz, como todos los humanos, también tenía sus días de humor empedrado. Ello le ocurría, sobre todo, cuando se encontraba ante textos de sensiblería y dolor contra lo que siempre se pronunció. En el sentimentalismo veía el arma más formidable aprovechada por el pillo y la pillería en general contra los sensatos y los mandados por naturaleza... o dejadez. En día de humor empedrado estuvo cuando enjuicio a Bécquer, juicio de pesadez da también sobre «La Dorotea», «obra mortalmente ilegible en bloque».

Al emitir estos juicios no se coloca en el terreno político, pues que desde éste, abarcando a todos los jefes por igual, ya dijo: «Los magnates, tan pronto quieren que el pueblo se pelee por ellos como se unen con sus rivales», para hacer frente al pueblo, claro está. Al efecto, fija su pensamiento en la actitud de la reacción española cuando en

1808 se declaró antifrancesa, y en 1823, aplaudiendo a la operación llevada a cabo por el duque de Angulema para restaurar el absolutismo en España, se mostró afrancesada. ¿Romanticismo?, no; puesto que si éste era «brío y quejido», según dice al analizar al duque de Rivas, distaba mucho de ser especulación y cálculo político, el cual encuentra su quinta esencia en la definición siguiente hecha por Himler, criminal de guerra, reproducida en «Le National-Socialisme par les textes» de Hoferby. Dice así: «Que 10.000 mujeres rusas caigan desmayadas construyendo una trinchera antitanques no nos interesa más que en la medida que su esfuerzo sea provechoso para Alemania. Quede bien claro y comprendido que nosotros no seremos brutales ni inhumanos allí donde la crueldad y la brutalidad no sean necesarias. Nosotros, los alemanes, único pueblo que observa una actitud correcta para con los animales, adoptaremos la misma actitud hacia los animales humanos. No obstante, sería un crimen hacia nuestra propia sangre si la suerte de los demás supusiese para nosotros una preocupación.» Maquiavelo y buena parte de los papas ya han dicho lo mismo al definir el papel del Príncipe y de la política.

El romanticismo era, además, un contrasentido, dos cualidades repelentes entre sí que producían un contraste en muchos de los románticos.

He aquí algunos ejemplos: «Carolina Coronado carece de prosapia rotunda y saca a escena personajes de furia descomunal cuando escribe dramas porque es tímido de carácter su autor.» «El duque de Rivas, demoníaco, fatalista de una sola pieza en su obra, mientras en su vida es un tímido rematado.» «Zorrilla se dejó coronar en Valladolid igual que un dios. Se dejaba coronar por timidez.» «El romántico Feliu y Codina era hombre sumamente tímido.» «Marcos Zapata era otro creador de tipos desmesurados, siendo Zapata apacible como un ermitaño.» «Guimera, creador de personajes legendarios era tan tímido que pedía permiso para opinar.» «La timidez de Echegaray —creador de matones y chalados— era proverbial».

Con lo que dice de Echegaray abarca buena parte del elemento español —en particular el exiliado— y que gustosos ofrecemos: «Los personajes de Echegaray son militantes del sentimiento infinito, del amor de golpe y porrazo, de la pasión insondable, del flechazo, del *coup-de-foudre*; es decir, de lo que no tiene medida.» Echegaray era un matemático. Y concluye: «La timidez no creó nunca ningún valor hondamente revolucionario, a pesar de los gestos.»

Según Freud y el psicoanálisis, el hombre pide y desarrolla aspectos de carácter del que él mismo

carece. Es algo así como su complemento. Alaiz no dice tanto, pero casi dice lo mismo. A menudo es indispensable ver el contraste que ofrece un hombre deducir qué o quién es su carcelero.

EL ESPAÑOL EN GENERAL.

Los tipos que ofrece son múltiples y con detalles, sabrosos y dignos de mención.

«El español es laborioso y honesto en general, y frecuentemente hábil en el oficio. Si no trabaja se muere de pena y de aburrimiento. Pero no le vayas con libros porque os toma por *chalaos*, o en plena *rigolada*. Y a última hora casi has de pedirle perdón por saber leer y escribir.» Cuando al referirse a Goya interpreta lo que de español tiene éste, dice: «Para Goya, el patriotismo era menos que el cancan. Su soberbio cuadro «Fusilamientos en la Moncloa», pertenece a un ciclo de testarudez española. Con la misma acometividad pelearon siempre los españoles entre sí que contra los franceses.» Y explica más tarde: «Se ha dicho que el españolismo de 1808 era una síntesis del españolismo aragonés, del españolismo andaluz, el catalán, y así sucesivamente. Teoría disparejada. El hombre pacífico y pacifista, el hombre más enemigo de la guerra, si le roban el pan que ganó, le violan la hija y le asesinan la madre, ante de ponerse a salvo de la brutalidad guerrera, ¿no se sentirá combatiente?»

Con el párrafo anterior queda reflejada la explicación humanista de la leyenda de violencias que atribuyen al hombre ibérico. Otro tipo de español nos lo ofrece con el «patriotismo» de Agustina de Aragón, amante y no patriota. Al penetrar en el alma española, Alaiz encuentra que el sentido de la exageración es su mayor propiedad y más abundante.

«—Usted es un terrible revolucionario —dice el católico al reformista político.

—Y usted un terrible dictador —replica el reformista, dirigiéndose al católico.

Pero luego resulta que el revolucionario no es revolucionario, ni el dictador, dictador. Si uno y otro dijeran al contricante que es un pobre diablo estarían en lo cierto.»

Ahora, que tanto se habla de política entre los desocupados y preocupados por ella, bueno será también tener en cuenta lo que emite sobre un tipo de político muy español: «Castelar se creyó un rey y a ratos lo fue. Como republicano, favoreció la restauración; como demócrata, fue más sumiso a las espuelas que un corcel; como historiador puede ser esencialmente autor de textos de seminario; como orador, a juzgar por las reproducciones que conocemos de sus discursos, no resultaba más que un hablador desenfrenado que carece de bellas oraciones porque carece de medida. Cuando fija su pensamiento en Espronceda enjuicia de la siguiente manera: «España: ¡Maldiciones y preces! Todo menos control íntimo, norma directa, concepto, autonomía, análisis constructivo.» «La España de Espronceda es un crisol de reacciones iniciales de descontento filtrado, una desesperación por no hallar nivel.»

Y nos inclinamos con respeto por Espronceda. Ved si no la desproporción actual de fuerzas, lo

mismo la que se deduce de las palabras que pronuncian los que mandan como la de los que se dejan —o no se dejan— mandar. Bien claro lo ve Alaiz cuando escribe: «Se anuncia ya el signo de los tiempos.»

«Gil Robles gobierna, decía, no por ser un diputado inteligente, sino por ser uno de los discípulos más rezagados de los jesuitas. Contra los jesuitas, el ferrouxismo de jóvenes bárbaros no ha tenido más arma que la reverencia, pero es porque el ferrouxismo quiso hacer el señor con un censo de barberos de pueblo y comisionistas de patatas.»

Tiene razón Alaiz cuando refiere que «Costa se desesperaba por la indigencia intelectual de los españoles y éstos viven en perpetua incapacidad de darse cuenta.» Se desconoce el nivel y la congruencia.

«Supuso Costa que la brutalidad española sólo existía en los gobernantes, cuando aquella es un reflejo.» «Una República docente, húmeda, agraria y succulenta, con escuela y despensa abiertas, sin pobres y sin pedantes, es problema que sólo pueden resolverlo los participantes, no los decretos.» Ni los telegramas, ni los manifiestos.

Compara España y Francia, y dice: «La Francia de Chateaubriand era muy distinta de la España de Echegaray. En Francia privaba el romanticismo sintético y teórico, y en España su reflejo fulgurante. En Francia, el romanticismo fue la paz de postguerra de Napoleón y en España la lucha cuerpo a cuerpo.» Aquello que en Francia era «abstracción» en España era «guerrilla». Cuando analiza a Campoamor y a su época nos caricaturiza la España de entonces en las siguientes líneas de oro: «Las luchas entre españoles responden casi siempre a un antagonismo extraño. Se amontonan a un lado los que simulan no creer en nada creyendo en todo, y se amontonan en el lado opuesto los que simulan creer en todo no creyendo en nada.»

Abarcando al ibérico lo presenta como en ascuas: «El portugués y el español, que en la intimidad son protagonistas de sainete, en cuanto se juntan más de cuatro, ante los demás sólo representan tragedias.» La famosa furia española no es más que eso. «Poned al español en sociedad con otros españoles. Si se trata de una tertulia íntima, charlarán por los codos discutiendo perpetua e inútilmente, echando a perder más ingenio que el demostrado por Gutenberg para inventar la imprenta. Si se trata de una asamblea deliberante, el peso lo llevan cinco o seis tragediantes alquilados para dar tinte dramático al acto, haciendo la masa el papel mismo que hacen las beatas en el sermón.»

Con esto Alaiz apuntó a un mal muy generalizado de los que tanto pululan en los salones de sociedad, cual si tratase de comediantes en escena unos, de pasivos espectadores otros. Quería Alaiz acabar con el estado contemplativo de la mayoría de los españoles ante cosas y casos que deben importarlos. Lo hace a veces con una crudeza atroz. Cánovas era tuerto, y siempre con el pensamiento puesto en lo español recuerda la frase de Sagasta

cuando lo supo muerto: «Sólo un extranjero ha sido capaz de matar al tuerto.» Y la atrocidad de Alaiz surge volcánica y aplastante ante la que el más sonriente de los españoles hace cara de serio: «España es una miserable raza de cobardes. Sólo saben matar los españoles como ventajistas y de noche; con impunidad por la espalda y en despojado, por delegación y mandato.» «Tuvo que ser un italiano el que parara los pies a Cánovas. A Canalejas se los paró un español desconocido de los españoles, un español silencioso, tan distinto de los charlatanes que matan teóricamente en la tribuna o en el periódico.» «En América latina

eran rusos y polacos los hombres de las gestas y españoles los hombres de los gestos. El español destacado es como el francés destacado: tiene irresistible propensión a hacerse cupletista.»

Mucho de verdad dice Alaiz, mucho para hacernos reflexionar, mucho para acercarnos más cada día a un estado anímico en el que presida el lema universalmente admitido en teoría, que dice: No hagas nada de lo que no puedas decir, ni digas nada de lo que no puedas hacer.

¡Ojalá se logre!

M. C.

(Continuará.)

SIEGA DE GENERALES

¡Lo que no nos perdonarán!

He aquí la lista de los veinticuatro entorchados caídos en el transcurso del primer año de guerra, número no alcanzado en la guerra europea en sus cuatro años y pico de lucha feroz:

1. — **General José Sanjurjo:** Muerto en accidente de aviación cuando el pollo Ansaldo lo traía de Portugal a España para hacerse cargo de la revuelta.

2. — **General García de la Herranz:** Murió en el campamento de Carabanchel al ser tomado por las fuerzas del pueblo. Fue de los sublevados con Calvanti, el 10 de agosto.

3. — **General Gay Borrás:** Juzgado y condenado por el pueblo de Granollers.

4. — **General González Lara:** Cayó en Guadalajara al entrar las milicias populares.

5. — **General Barrera:** También en Guadalajara, ejecutado por el pueblo.

6. — **General Patxot:** Gobernador militar de Málaga. Allí cayó ante el pueblo.

7. — **General Goded:** Jefe de la rebelión en Barcelona. Fusilado en Montjuich.

8. — **General Fernández Burriel:** Era en realidad el jefe de Cataluña. Fusilado.

9. — **General Fanjul:** Jefe de la rebelión en Madrid, apresado en el cuartel de la Montaña. Juzgado y fusilado en la cárcel de Madrid.

10. — **General López Achoa:** El pueblo de Carabanchel lo condenó y ejecutó.

11. — **General Balmes:** Murió de manera misteriosa en Canarias, tres días antes de estallar el

movimiento. Dicen que lo mató un obrero enterado de todo.

12. — **General De Miguel:** El pueblo lo fusiló en Atarazanas.

13. — **General Despupols** (un valor del generalato): El pueblo de Gerona lo fusiló.

14. — **General Villegas:** Fusilado por el pueblo de Madrid.

15. — **General Capaz:** Idem.

16. — **General Fernández Pérez:** Idem.

17. — **General Legorburu:** Condenado y fusilado por el tribunal popular.

18. — **Jiménez Arenas:** Idem.

19. — **General Fernández Aizpún:** Fusilado por el pueblo.

20. — **General Miláns del Bosch:** Fusilado por el pueblo de Madrid.

21. — **General García Adame:** Fusilado por el pueblo de Alicante.

22. — **General Muslera:** Idem.

23. — **General Calvanti:** Muerto de... miedo en San Sebastián.

24. — **General Mola:** Muerto en accidente de aviación.

Por su parte los fascistas fusilaron: al general Malero, en Valladolid; general Batet, en Burgos; general Romarales, en Melilla; generales Salcedo y Caridad-Pita, en La Coruña; general Campins, en Granada, y al almirante Azarolo, en El Ferrol.

HAN RYNER



por él mismo

HAN RYNER ha resucitado otra vez a toda una época de pensamiento con sus luchas intelectuales y su ardiente caos de donde surge la luz. Los Cristianos y los Filósofos hacen revivir el primer siglo de nuestra era. Debido a que la obra está constituida por un vasto diálogo en donde sobre las cuestiones aún las más ardúas, siempre puede verse la claridad de la sonrisa; debido a que cada personaje es, aunque representante de una doctrina, vivo y apasionante; debido a que el pensamiento, el drama y la poesía se mezclan y se abrazan armoniosamente, se ha mencionado a menudo a Platón a propósito de este libro. Por cierto, Epicteto juega aquí un papel análogo al de Sócrates en el *Georgias* o el *Menón*. E. caso es que Han Ryner nos ha dado una obra singularmente original y que en cierto sentido crea un género nuevo, el diálogo histórico filosófico. Dejemos hablar a Poinso:

«Los Cristianos y los Filósofos es, puesto en diálogos tan vivos que algunos de ellos han sido llevados a la escena. el primer siglo amarrado entre los sofismas, las sabidurías, las locuras de los diversos pensadores y del vulgum pecus de que la humanidad está hecha. Se puede ver al pretor obstinado en sus motivos habituales de comprar a las libres inteligencias; al epicúreo Porcus desnaturalizando una bella doctrina en provecho de su sabiduría desnaturalizada que le sirve de excusa; a la pareja de Serena y Serenus, que representa la flor del amor greco-latino y la nobleza de ese epicurismo del cual Porcus es sólo el lodo; a Teófilo expresando a la cristiandad naciente, aún no falsificada y que ingeniosamente discute Epicteto; a Historicus (hoscó bebedor de horizontes), por cierto anacrónico, y que, colocado en el plano de los siglos, dice las verdades más curiosas del libro; a Epicteto, en fin, entre tantos otros, y cuya gran voz domina a aquellas voces contradictorias.»

Al lado de las palabras individuales, también se oyen, en bajo profundo, la grande y estúpida voz de la muchedumbre. Hay escenas de multitud, tan hormigueantes y animadas, tan cómicas y entristecedoras, que ciertos críticos en esta ocasión, han pensado con Shakespeare.

«En él se escucha el confuso rumor de las certidumbres, los apetitos, las crueldades y los heroísmos de conciencia. Y verdaderamente, se trata bien de todo un tiempo al que vemos así, una época no vista según los gestos notados a manera de un arqueólogo, sino según las manifestaciones de la vida interior. Debido a esto, el libro adquiere un valor especial y crea un género que se puede decir nuevo. No veo mejor aproximación a él que La tentación de San Antonio, y aún, es muy diferente en

pensamiento y en método. Pero he creído conveniente citar la obra de Flaubert, porque no titubeo en poner a la obra de Han Ryner en el mismo rango, tanto es su mérito, tantas son las buenas cosas que en ella se encuentran y abundan, mientras la erudición se disimula bajo el manto flotante de un arte impecable.»

¿Es más fecunda la invención en los dos libros en donde Han Ryner hace vivir y hablar a un filósofo que él ha creado en todas sus piezas, Psicodoro. Esos dos libros, *Los viajes de Psicodoro* y *Las parábolas cínicas* pertenecen, sin duda, a la literatura simbólica. Pero entonces hay que reconocer que un símbolo no es necesariamente oscuro. Además, los símbolos que expone Han Ryner iluminan con nueva luz a las ideas filosóficas que, expresadas abstractamente serían difíciles y rudas. Es una alegría singular el seguir un relato armonioso y a menudo apercibir, como iluminado por un sol poco común a un pensamiento. Pero Poinso dirá mejor que nosotros esta voluptuosidad:

«Los veintiocho viajes de Psicodoro —apasionante excursión al país del más seguro aprendizaje—, exponen las andanzas del filósofo del ensueño (Han Ryner, siempre, compañero fraternal), en extrañas comarcas en donde las almas pueden mudar de envoltorio; Psicodoro busca allí, entre aquellos fantasmas, él de la amiga muerta. En vano, pues no tenemos conocimiento de los otros más que a través de nosotros mismos, y por lo tanto nos es ilusoria.»

Sobre este libro Poinso nos aprende un detalle interesante:

«Después de este libro se ha intentado llamar al pensamiento ryneriano, psicodorismo; como después de su folleto doctrinal (*El subjetivismo*), se ha intentado dominarlo subjetivismo. ¿Cuál de los dos quedará? No conozco yo, para designar a este espiritualismo un poco vago y por lo tanto tan lleno, individualista por cierto, netamente antidogmático, sereno, «discreto» en el sentido restituído a esta palabra por el filósofo, indiferente sobre todo en cuanto a los gestos inútiles, y todo él lleno de sonrisa y de luz. En todos los casos, la amistad con este neoestoico es una de las más reconfortantes y de las más calmas que yo conozco.»

El héroe de *Los viajes de Psicodoro* es también el narrador de *Las parábolas cínicas*. Algunos, que osan escoger, consideran a esta última obra, como la obra maestra de nuestro amigo. Opinamos lo

mismo cuando es éste el último libro que hemos leído. Aquí:

«La palabra alcanza cimas filosóficas aún no tocadas por el pie osado de nuestro viajero. La idea ryneriana florece aquí como el color de un fruto enteramente maduro y completamente sabroso. A menos que no ocurran nuevas sorpresas, se cree uno llegado ya al fin del ciclo y se puede decir: Ni Daspres, ni Ribies, ni el mismo Jesús, ni aun Pitágoras, aunque todos en progreso el uno después del otro, no eran los ideales absolutos. Pero he aquí a Psicodoro, al Psicodoro de las Parábolas que nos trae toda la luz, toda la belleza y toda la sabiduría.»

¡Qué nobles emociones de pensamiento salen de esta obra y cómo se encuentran en ella según nuestras necesidades cambiantes, la excitación o el valor, la paz y la serenidad!

«Sí, es este un libro de un sabio que, definitivamente, nos dota de un modelo de humanidad; es el libro de un artista que, plenamente nos satisface; es el libro de un hombre que ha exprimido a la vida para extraer toda su significación y toda la alegría; de un hombre que ha traído al explorar las almas toda la psicología que hay en ella; de un hombre que ha tomado su lugar entre los más grandes, por el valor de su pensamiento y por el esplendor de su verbo.»

El pensamiento ryneriano, tan potente y tan equilibrado, tan firme y tan flexible, y que en una armonía nueva une la necesidad de realizarse y la necesidad de darse en una medida feliz, he aquí como Poinsoot lo aprecia:

«Su pensamiento, lo posee al fin en el chispear de su conciencia, y en la necesidad también feliz de propaagrlo. Psicodoro sabe que al menos un Eubulo, en el terreno sano y fecundo de la inteligencia, sabrá hacerlo germinar y elevarse, engrandecer y fructificar a su vez. Por lo mismo, se impone la necesidad de esparcerle el grano del cual él desborda, como en la mano demasiado llena del sembrador deslumbrado, como el manantial que cuenta la odisea y que mana, que sigue fluyendo, engendrando entre la fatalidad de los males, la fatalidad de los bienes. Ciertamente, no tiene sólo la pretensión de ofrecer a nuestras arideces su verdad, guardándose bien de afirmar sobre el más allá, pues «el sabio evita con igual prudencia, la afirmación en el ensueño y la indecisión en la conducta». Pero si se da, lo hace realizándose. E imita en esto al genio de su ensueño que —en canción crepuscular—, narra la aventura en una última parábola en donde emana la heroica claridad de los atardeceres, «ese genio que se extiende sin cesar en un universo luminoso y en almas radiantes.»

Y, para que nuestra alegría sea completa, el artista en Han Ryner, no es inferior al filósofo. Representa, para los ojos del eminente crítico que nos guía:

«El escritor que tal vez ha sabido mejor entre nosotros, después de Flaubert, crear un ritmo de frases a la vez original y clásico, impecable y serenamente armonioso. Cada parábola, como cada apólogo de La Fontaine, es un todo realizado, definitivo... Uno no sabe qué admirar más: si el pen-

samiento que resplandece con un fuego de diamante, o el estilo que lo encuadra en su marco original. Grande es la variedad de factura, de fantasía, pasando de lo familiar a lo lírico, y de lo elegante a lo majestuoso. Movimiento, riqueza, diafanidad, nada falta a esta obra maestra.»

Y Poinsoot hace notar con tanta exactitud como justicia:

«Es el solo que tiene esa comprensión, esa expresión poética de la metafísica. Tan advertido como cualquier profesor dotado, ha desdenado el vocabulario bárbaro y pedante que parece formar una cerca espinosa alrededor de los prados reservados a algunos privilegiados del cococimiento y del universo. Los filósofos, como los notarios con su jerga o los botánicos con su latín repelente, agrádanse en darse una afectación barata como iniciados a los que se empieza a sonreír. Han Ryner, agnóstico persuadido de la relatividad del conocimiento, no cae de ningún modo en tal error, escribiendo algunas de las más bellas páginas de la literatura francesa...»

«Florece la imagen con facilidad y deseo, encantadora, alada, amante o grandiosa; la frase conoce todos los flotamientos, todos los balanceamientos, todas las caricias que quieren seducir, «marcha según el ritmo de la abelleza».

Después de Las parábolas cínicas y después del hermoso artículo de Poinsoot, Han Ryner publicó un libro que es, al mismo tiempo que la más seductora de las novelas, el más osado libro de propaganda. **Los pacíficos** (Los pacíficos) dicen, en una acción emocionante en donde el drama y el idilio se mezclan, las más verdaderas, las más profundas y las más valientes razones para odiar a la guerra. Pero todos nuestros lectores, sin duda, conocen esta obra potente y encantadora, en donde una verdadera civilización es descrita con gracia, en donde la barbarie en la cual vivimos siempre aparece iluminada con la más irónica de las luces.

Citemos las conclusiones de Poinsoot:

«Leed a Han Ryner, jóvenes que deseáis adquirir una forma a la vez nueva y clásica, y que fastidian las payasadas literarias de algunos ruidosos impotentes, ebrios de mala publicidad; leedlo después de Chateaubriand, después de Flaubert y después de Rosny, para aprender a modelar armoniosamente la pasta blanda de nuestra lengua. Leed a Han Ryner, periodistas de improvisaciones superficiales, de sumarios juicios, de bromas pobres; y vosotros, críticos oficiales que, por mucho tiempo lo desconocisteis, afin de que, en la noble sinceridad de un mea culpa, pongáis a este escritor en su rango, que es el primero, en la falange de nuestras verdaderas y duraderas glorias.»

Pero si, para la belleza de su arte y de su pensamiento, todos deben encontrar en la obra de nuestro amigo la alegría literaria y la alegría meditativa, existe un público sincero al cual tal vez es útil de manera aún más profunda:

«Leedlo, sobre todo vosotros, rebeldes o resignados, que pensáis melancólicamente en las durezas de la vida, ruta guijarrosa en donde tantos guijarros están teñidos de sangre; que buscáis un poco de placer sin amargura y de serenidad, a falta del

sol de las comunes satisfacciones. Y, leyéndolo poco a poco, la claridad entrará en vosotros y os inundará. Os asombrará por haber valorado tanto a emociones inferiores, a pasiones mediocres, a deseos cualquiera. Levantaréis, como el héroe de una de las más cautivantes parábolas cénicas la segura ciudadela de vuestra individualidad radiante en el seno de un florecido jardín de nobles alegrías; y allí, trabajando y soñando, listos a encerraros cuando aparezcan el enemigo, es decir, la tonteía, la maldad y la mala suerte; meditando gozosamente en espera del retorno de las buenas horas posibles, no sabréis ya más vosotros mismos si vuestra ciudadela «está hecha con piedras y flores, o está edificado con vigor o con sonrisa.»

¡Bravo Poinot! No se sabría decir mejor.

HAN RYNER

(Trad. V. Muñoz.)

NOTA DEL TRADUCTOR.—Todo lo subrayado pertenece a Poinot, un crítico francés. Han Ryner lo escribió en un manuscrito no fechado, pero que se supone data de 1914, debido a que concluye en **Los Pacíficos**, aparecidos en dicha fecha. Nunca apareció en francés ni fue traducido. El pueblo de los pacíficos lo sitúa Han Ryner en la hipotética Atlántida, siguiendo la huella de su primer comentarista, Platón, que lo suponía allende las columnas de Hércules. Sabido es que Pierre Benoit la situaba en pleno Sahara...

Han Ryner siguió produciendo obras cada vez más perfectas, cual *Las Apariciones de Ahasvero*, *La Torre de los Pueblos*, el *Padre Diógenes*, *Las Orgías en la Montaña*. En el *Mortero*. *Crepúsculos*, su obra maestra *La Sabiduría Riente*, completada con *La Risa del Sabio*, y otros varios títulos. Cabe citar a los que se hallan aún inéditos.

La obra de Han Ryner, acívica por excelencia, no ha sido del agrado de los amos y sus siervos, que mal llevan este mundo esclavizado. Por eso se organizó contra él la llamada «conspiración del silencio». No obstante, quien verdaderamente silencio es el fenecer. Es de esperar que Han Ryner emergerá en el futuro, estudiando con cierto asombro por las generaciones que vendrán, debido a la pureza y grandeza de su obra.

Buen signo es que el centenario de su nacimiento

se haya celebrado en La Sorbona (anfiteatro Descartes, el 7 de diciembre de 1961). Numerosos oradores de valía exaltaron la personalidad y la obra de este filósofo ilustre. La revista *Europa* le dedicó un número especial, y otras publicaciones aportaron también su grano de arena al magno acontecimiento. Los libertarios españoles en el exilio estuvieron representados por el escritor y luchador Juan Ferrer.

Cabe citar que el último libro aparecido sobre el libertarismo y titulado *Sociología federalista libertaria* (en francés), debido a la pluma de André Respaut —el autor de *Buchenwald, tierra maldita*—, tiene un capítulo sobre Han Ryner. Estudia asimismo a Kropotkin, Proudhon, Stirner Bakunin, Nietzsche y Reclus.

Recientemente en Río de Janeiro (Brasil) se ha publicado *O Quinto Evangelho* (El quinto evangelio), por la conocida editora libertaria «Germinal». De El quinto evangelio existen ya versiones españolas. Una de «Crisol», Sabadell, España. La otra de «Imán», Buenos Aires, Argentina.

De este estudio de Poinot, comentado por Ryner, han sido traducidas al castellano las siguientes obras: *La esfinge roja* y *El hijo del silencio*. Fragmentariamente, han aparecido muchos extractos de otros libros.

Kuni Matsuo, viejo ryneriano del Japón, está preparando un libro sobre Han Ryner. También debe aparecer de Charles Basudoin, escritor francés versado en temas de psicología y con residencia en Suiza, la obra *Encuentro con Hay Ryner* (Rencontre de Han Ryner).

Citamos a continuación las obras de Han Ryner que no están agotadas, para lectores lejanos que desean procurárselas, y que podrán adquirirse en el servicio de librería de la Sociedad de Amigos de Han Ryner, de Francia (3, Allée du Château. **Les Pavillons-sous-Bois**, Seine); colección de sesenta y cinco cuadernos trimestrales publicados por dicha sociedad, Frente al público, Los viajes de Psicodora, La torre de los pueblos, 7ª vida eterna, Crepúsculo, Amante o Tirano, en el mortero, La sotana y la chaqueta, Juana de Arco y su madre, La risa del sabio (incluyendo a La sabiduría riente), El surco perfumado, En las hortigas, y, Mi nombre es Eliacin. Se disponen de otros títulos sobre Han Ryner (*La muerte de Han Ryner*) y algunos folletos.—V. M.



¿Todavía quieres humanitarismo?

UN profesor, conocido por su filiación política de extrema izquierda, aludiendo a mi libro «El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales», que acaba de aparecer, me dijo con una sonrisa sarcástica:

—¿Y todavía quieres humanitarismo! ¿No sabes cuánto padecemos nosotros por una idea tan humanitaria? Nada puedes hacer con un libro. Lo que se necesita, es el heroísmo de la acción...

He tratado de contestarle. El profesor, con esa brusquedad del intelectual perseguido (era uno de los acusados en un «monstruoso proceso urdido por el gobierno» contra los comunistas, pero pudo recuperar su libertad), me quitó la palabra:

—¡Humanitarismo! Sentimentalismo burgués... O en un campo o en el otro... ¡Hay que elegir!

Mi posición es la de siempre: por encima de los campos políticos, de todos los partidos y bandos, pero permaneciendo, no obstante, en los dominios reales y amplios de la humanidad misma. El profesor ha confirmado, igual que otros, lo que he vaticinado en el epílogo del libro mencionado: Puede ser que algunos capitalistas me llamen revolucionario, algunos socialistas me tachen de burgués, los intelectuales y «estetas» me califiquen de político y ciertos escépticos me motejen de utopista».

Hay verdades humanas permanentes, valederas en todas las contingencias sociales, y aprovechadas por los bandos políticos con hipocresía, con cinismo o con aparente ingenuidad. ¿Se preguntan, acaso, aquellos que con motivo de una injusticia o de un acto de barbarie pronuncian la palabra «humanitarismo», qué significa eso? ¿Es sólo el vago sentimiento de solidaridad con la víctima..., es la compasión ante el sufrimiento físico del torturado..., es el grito del hombre que quiere despertar aún en los poderosos ams la verdadera conciencia humana?

Este humanitarismo sentimental y moral es viejo, muy viejo. ¡Cuántas veces las palabras: paz, libertad, fraternidad, hombría de bien, etc., resonaron en el decurso de los siglos, como aliento para los oprimidos y como advertencia para los verdugos! Hoy, después de la guerra mundial y tantas rebeliones populares, estas palabras resuenan más vanas que nunca. Nosotros hemos llegado a la convicción que la ineficacia práctica del antiguo humanismo reside precisamente en el hecho de que este humanismo, sentimental y moral, no está valorado todavía desde el punto de vista científico, ni aplicado resueltamente a las realidades sociales cada vez más amplias y dinámicas.

El humanitarismo positivo tiende, en nuestros días, a salir de la nebulosa sentimental, y afirmar-

se como un concepto integral; como un conjunto de principios basados en las realidades permanentes, hondamente biológicas, de toda la evolución de nuestra especie, y en el progreso de las civilizaciones sucesivas y de la cultura universal. Esta tentativa, emprendida apenas por algunos científicos, sociólogos y filósofos, está tachada de utópica por los «realistas» y aun por los que se consideran socialistas de vanguardia. A estos los recordamos qué ha sido el socialismo hace ochenta o cien años. Los manifiestos redactados entonces por algunos idealistas, en una misera habitación, agitan, dominan y trastornan hoy al mundo entero. Este socialismo se manifiesta ya como sistema de gobierno en varios países. Pero resulta cada vez más evidente que —por más que afirmen que están luchando en nombre de los ideales humanitarios— los gobernantes socialistas los olvidan o los falsean, restringiéndolos a los intereses de su partido, de su clase, como lo hace la burguesía capitalista, que se cree la defensora del Derecho y la Civilización.

Cada concepto humanitario y cada movimiento social aparecen en su tiempo, como resultados del desarrollo cerebral que determina las transformaciones técnicas, económicas, éticas y culturales de la humanidad. El humanitarismo moderno se aclara y se afirma como una «concepción del mundo», viva, progresiva, que abarca los intereses individuales y los ideales colectivos —científicos, morales, estéticos— coordinándolos, armonizándolos según los principios positivos que resultan de la investigación objetiva de la evolución de toda la especie humana sobre esta tierra. Pues hay una verdad primordial, que resalta por encima de todas las situaciones locales y de todas las ideologías limitadas, restrictivas: —la humanidad, a pesar de sus extravíos bélicos, de sus entreveros nacionales, de todos los conflictos entre clases, tiende hacia ese equilibrio que resulta precisamente de su origen y de su desarrollo solidarista y pacífico; ella tiende hacia esa internacionalización técnica y económica, hacia esa cultura mundial que no es más que una nueva expresión de la instintiva cooperación ancestral, una necesidad impuesta por la ley de la unidad, primera condición del progreso material e intelectual del hombre.

Sobre estos dos ejes paralelos: pacifismo e internacionalismo (o, más bien, supranacionalismo), está fundamentado el concepto evolutivo del humanitarismo, y aplicado en la doble Internacional de los intelectuales y los pacifistas. Esta Internacional existe ya, embrionaria o fragmentaria, en varias agrupaciones, asociaciones, ligas, federaciones de trabajadores manuales e intelectuales. Lo que falta es una soldadura, una ligadura común que con-

siste, para nosotros, en los principios humanitaristas.

Los intelectuales, cualquiera sea su actividad profesional, tienen el deber de penetrar en las arenas sociales no tan sólo en nombre de algunos preceptos éticos, de algunas normas de justicia o de «orden», sino en nombre del destino mismo de la humanidad, destino que pueden (y deben) reconocer por encima de los intereses egoístas de ciertas clases sociales, por encima de las contingencias políticas de los partidos y los gobiernos.

Considerada en este sentido, la palabra «humanitarismo» ya no puede ser usada de cualquier modo —irónico o patético, descuidado o abusivo— ni por los defensores ni por los opresores del hombre. Sepan aún los oprimidos que, al proclamar los principios humanitarios, estos no son meras palabras, pronto olvidadas, cuando, después de su «revolución», llegan a apoderarse de la maquinaria del Estado. La intolerancia dogmática y la fuerza armada, aplicadas a un sistema de gobierno por los políticos de «derecha» o de «izquierda», no tienen otro resultado que el de incitar y desencadenar fuerzas opresoras contrarias y fanatismos más encarnizados, que arrastran hacia nuevas guerras nacionales o civiles, económicas, imperialistas, «ideológicas» o, finalmente, de exterminio recíproco, por la gloria de algunos caudillos sedientos de poder, por una doctrina «infalible», por la falaz soberanía de una nación, o por la supremacía, siempre violenta y temporaria, de una clase o de un partido.

Lo repetimos: el humanitarismo no es una palabra cómoda y fácil, como una etiqueta que se pega sobre cualquier frasco. Es la expresión sintética de una gigantesca realidad que —bajo los impulsos de la naturaleza y las espuelas políticosociales— se empeña en libertarse y desarrollarse integralmente sobre este planeta ensangrentado por las guerras y las revoluciones. Antes de predicar deliberadamente: «¡Hombre, sé Hombre!», cada uno debe preguntarse: «¿Acaso, yo soy un hombre?... ¿Me he humanizado a mí mismo?... Mi comportamiento de todos los días concuerda con mi pensamiento íntimo, con el mandato de mi conciencia?»

Hoy todavía están enfrentándose dos conceptos sociales, dos series de intereses económicos y políticos, dos bandos de partidarios igualmente fanáticos, adoradores del mismo fetiche; el Poder del Estado. Ambos bandos constituyen las escrescencias monstruosas de sociedades militarizadas, organizadas sobre bases policíacas e inquisitoriales (pese a sus disfraces democráticos, liberales, populares, etcetera). Estas sociedades artificiales son otra cosa que la humanidad; y los Estados que las ciñen en su armadura son otra cosa que los pueblos respectivos. Las sociedades actuales llamadas sencillamente capitalistas o comunistas, y su expresión política: el Estado, cobran sus formas en moldes artificiales, en los que los detentores temporarios del poder tratan de estrujar y exprimir la realidad viva de los individuos y de las colectividades, des-

conociendo descaradamente las leyes unitarias de la evolución solidarista, pacífica y creadora de la humanidad.

Las minorías privilegiadas de los gobernantes, de los falsos conductores de masas explotadas y sacrificadas —y siempre acuciadas por otras minorías políticas ansiosas de Poder— son y serán víctimas de sus propios «conceptos» unilaterales, de los «principios» y «programas» que, según su convicción subjetiva (y sus intereses inmediatos) constituyen la base de sus «derechos». Pero no hay que confundir el derecho legal con la justicia no escrita, que reside en la naturaleza y en la conciencia humana. ¿Cuál de los dos vencerá? Ninguno, si el derecho está armado por la intolerancia y la fuerza brutal, si la justicia, exacerbada por pasiones políticas se vuelve cruel, vengadora y aun mortífera. Lo que anhelamos, es la justicia del hombre (que es lo mismo que la paz humana), ese innato y esclarecido sentimiento de equidad y comprensión mutua, de ecuanimidad, de solidaridad lúcida que ve más allá de los momentáneos y muy a menudo ficticios intereses personales. Ninguna ley del Estado autoritario, ningún dogma político te confiere esta justicia viva. Esta reside en tu propia «condición humana», en ese sentido del bien que tienes que descubrir en ti, vigilar y manifestar siempre, practicarlo en cualquier oportunidad por encima de las barreras artificiales, de todas las empalizadas nacionales, raciales, religiosas, económicas, levantadas entre pueblos, entre clases sociales y entre individuos.

Desde ahora, cada uno tiene que cumplir con este primer «deber»: enfrentar su propio proceso de conciencia. Esto es más necesario y más determinante que cualquier otro «juicio legal». El autojuicio puede ser más eficaz —en el sentido del mejoramiento ético y social— que todas las imposiciones y restricciones estatales, las atrocidades de la Reacción política, las guerras que ya llegaron a ser planetarias y las «revoluciones» que tampoco tienen fronteras y constituyen otras formas de guerra, mal llamada «libertadora».

¿Todavía quieres humanitarismo?, me preguntan otros más como el profesor aludido, doblemente perseguido por sus enemigos y por su propia intransigencia ideológica.

¡Sí! Quiero un humanitarismo real, permanente, progresivo, universalista, practicado en todas las oportunidades, por cada individuo, en plena concordancia entre la idea y la acción, entre los intereses vitales del ser humano y los ideales generales de la humanidad. No un humanitarismo verbal, ostentado en ciertas solemnidades, vano o ridículo para los que lo proclaman, y que humilla y ofende a aquellos que yacen encadenados, víctimas de la barbarie legal, totalitaria, instituida por el Estado, y víctimas también de su propia ignorancia, de su cobardía o su fanatismo, fomentado por falsos conductores, usurpadores del Poder, o desviados por malos educadores.

EUGEN RELGIS

La puerta de oro del mundo

(CONTINUACION)

4. — MIENTRAS ESPERAMOS

El hambre arrastró al hombre a cometer los peores desatinos (1). Las civilizaciones, durante tantos años, aun con los respectivos grados de cultura, no consiguieron aplacar su furia frente a la desesperación cuando el individuo se ve acosado de privaciones. Africa despierta y se incorpora al mercado consumidor al par que como potencia política. Si verdaderamente su nivel intelectual es bajo en comparación con otros pueblos de cultura milenaria, el dolor de la esclavitud ha sido una lección de hierro que les hizo aprender al pie de la letra, en todo su alcance, el pensamiento inspirado por los enciclopedistas que Francia y Bélgica llevaron a las escuelas de sus colonias. Ese es factor innegable que habla en favor de esas dos naciones. Ni Asia ni Africa podrán permanecer eternamente encerradas en la cárcel de sus contornos geográficos. Compréndanlo así las nuevas generaciones a las que corresponde intervenir en tales fenómenos, aceptando esta afirmación como verdad intangible. Una inmigración individual es imposible, tratándose de tantos millones de seres prestos al trasplante. En tal situación no habrá nadie que pueda evitar el reflujo de esa marejada humana de ambos continentes hacia tierras que ofrezcan una posibilidad de vivir. Es una ley natural de defensa en la lucha por la vida que aparece en el substratum animal, desarrollada en todas las especies. Ya Novicow, en el siglo pasado, puso en guardia al mundo occidental respecto de esta posibilidad de que las razas indochinas se lanzaran como alud sobre el mundo blanco. En aquel entonces esa circunstancia parecía remota, sobre todo porque se confiaba detenerla con el poder de las armas. Mas, entonces ese posible ensanche del campo asiático parecía obedecer a causas de invasión guerrera y no a necesidades apremiantes. Hoy Asia constituye un poder de fuego atómico; dispone de los medios de ataque necesarios y justifica ante todos los pueblos de la tierra su derecho a posesionarse de lo que entiende básico para su propia existencia, peso al poder destructivo de las armas nucleares.

La superproducción de artículos de primera necesidad en algunos sectores del globo está rigurosamente controlada para evitar un descenso de

(1) Todos los pueblos superpoblados, en la actualidad están básicamente a dieta de vegetales, cereales y frutas. La carne es un lujo muy costoso. Esta es una realidad incontestable en la India, en la China y en las partes superpobladas de Africa. Y, a medida que la población aumenta, también en el hemisferio americano nos iremos acercando rápidamente al escenario de este teatro.

su respectivo valor en el mercado del consumo. La división de los bienes terrestres y sus regímenes están experimentando un cambio muy lento en este período revolucionario en que vivimos y dentro del que nos sentimos incapaces como para aportar una solución de fondo, cual si las ciencias históricas se atropellaran en el camino e hicieran un ovillo de ideas muertas en nuestro cerebro. Los factores políticos son medios para lograr ciertos objetivos, pero no fines. Sin embargo, el drama es lacerante y afecta tan de cerca a toda la humanidad que obliga a lanzarnos de cabeza a él para encontrar una salida.

La circunstancia de que cada hora nazcan hoy día 5.000 niños, exige rectificar todos nuestros cálculos especulativos y hasta las mismas bases de la economía para garantía del porvenir. Según ha podido demostrar el doctor Ventura Morera, el globo terráneo ha tenido densidades de población, que pueden expresarse del siguiente modo:

	Habitantes
Desde la prehistoria —200.000 años atrás— hasta el año 0 de nuestra era	230.000.000
1.500 años después, o sea, en 1942 en que fue descubierta América por Colón	430.000.000
En el año 1650, es decir, 150 años después	545.000.000
En 1900, decimos 350 años más tarde.	1.550.000.000
En nuestros días, en un período de 60 años posteriores	3.500.000.000
Con el actual ritmo de aumento de la población, en el año 2000 seremos	7.500.000.000

Mientras que el famoso estadígrafo Royd Orr calcula ya la población mundial en este momento entre 4.000 y 6.000 millones, lo que agravaría aún más la situación, otro sociólogo australiano, G. H. Knubbs, en su libro «La sobra del porvenir del mundo», dice que el año 2089 seremos 7.800 millones de habitantes; 200 años después, 15.600 millones y el año 2250, 31.200 millones.

Tomando las cifras menos pesimistas aportadas por los estadígrafos de las Naciones Unidas, y comentadas por el doctor Ventura Morera, aparece la población del mundo constituida por habitantes:

	En la actualidad	El año 2000
Total general	3.000.000.000	7.500.000.000
Estados Unidos de Norteamérica	185.000.000	312.000.000

América latina	189.000.000	592.000.000
Europa	412.000.000	568.000.000
Unión Soviética	210.000.000	379.000.000
Continente africano ..	298.000.000	571.000.000
Continente asiático, raza amarilla	1.500.000.000	3.900.000.000
Oceanía	15.000.000	29.500.000

La superficie continental habitable es de hectáreas 3.800.000, o sea, un equivalente de 19 personas por kilómetro cuadrado, comprendiendo sus vastas ciudades. El profesor Alexander Carr-Saunders, citado por el sociólogo doctor Juan Lazarte en la revista «Cenit», página 3164, dice que con el índice de crecimiento actual, que es del uno por ciento, es de presumir que en dos siglos llegarán a estar todos los lugares del globo hasta las cadenas del Himalaya con una población 100 veces más densa que la de Bélgica y ésta tiene actualmente 240 habitantes por kilómetro cuadrado. En ese entonces podría tener 2.000 habitantes por kilómetro cuadrados. Hasta lagos y ríos estarían llenos y no habría tierra para cultivar.

En lo que va del siglo, el aprovechamiento de las tierras de cultivo en el mundo, no han experimentado un cambio tan fundamental como para ofrecer alimentos en un ciento por ciento de aumento que es el factor índice de la población. Mucho menos podría atender las necesidades del decuplo de habitantes que tendrá el planeta de aquí a treinta y ocho años venideros. Este es el problema vertical que pospone todos los demás, ya sean de orden social o político. Se convierte en talón de Aquiles que hace incierto nuestro destino. Aislados como estamos de contacto con el océano de población asiática en particular, conocemos su infortunio como simple teoría. Pareciera que la mente humana en esta parte occidental del globo se hubiera galvanizado al dolor, insensibilizándose, ajena al traumatismo económico que ha roto ya los tejidos más sensibles del cuerpo social (2).

El medio de vida logrado en los pueblos euroamericanos — trasponiendo la puerta de oro, en tanto otras entidades disponen apenas de un cuarto de posibilidades para poder subsistir en las peores condiciones históricamente conocidas — es un privilegio del que hace mil quinientos años no podían disfrutar ni los príncipes orientales. La forma en que hemos alambrado la tierra y el almacenamiento de los bienes de consumo para someterlos al tráfico de la ley de la oferta y la demanda, importa un des-

(2) Con todo ello y, a pesar de que el trigo es la alimentación milenaria más económica y ha respondido hasta hoy de esta necesidad humana, en Europa constituye un problema de los más penosos. Veamos: en 1959 la producción no sobrepasó de 42.329 toneladas, cantidad tan ínfima que la estadística de la Conferencia Internacional del Trigo siquiera toma en consideración. Como ejemplo tenemos el caso de Polonia, que en 1959-60 ha importado 100.000 toneladas de trigo canadiense y 175.000 norteamericano. Yugoslavia importó de Norteamérica 750.000 toneladas y Turquía 100.000 del mismo origen. La estadística no consigna otra información más completa, pero, si tenemos en cuenta que para suplir las necesidades de pan solamente, América ha tenido que

equilibrar en la distribución de los frutos del suelo, a los que deben tener acceso cuantos en él han nacido, cualesquiera sean las antipodas.

Pero la tragedia que estamos presenciando, presenta los sucesos de tal modo que parece llegado el momento en que el hombre tiene que encontrar una solución a este terrible estado de cosas, creado por el aumento inusitado de la población; el aprovechamiento de todas las fuentes proveedoras y una racional y equitativa distribución de los mismos, porque nos queda muy poco tiempo para reír.

Mientras que hay millones de personas en nuestro propio medio y cientos de millones en el extranjero que no tienen suficiente para comer, nosotros restringimos la producción agrícola y, además, gastamos cientos de millones cada año para almacenar nuestros excedentes.

Tenemos abundancia, pero no lozanía. Somos ricos, pero disfrutamos de menos libertad. Consumimos más, pero estamos más vacíos. Poseemos más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Tenemos mayor educación, pero menos juicio crítico y convicciones. Hay más religión, pero nos volvemos más materialistas. Hablamos de la tradición americana que es, de hecho, la tradición espiritual del humanismo radical; sin embargo, llamamos «no americanos» a los que tratan de aplicar ésta a la sociedad actual.

Los espíritus críticos saben, además, que más de las dos terceras partes de la raza humana, los que durante siglo sufrieron el colonialismo occidental, tienen un nivel de vida 10 ó 12 veces más bajo que nosotros y, como promedio de vida, la mitad de la de un norteamericano medio. — Erich Fromm.

5. — EL GRAN DRAMA DEL MUNDO

Las tierras de cultivo disponibles en todo el globo para la producción de vegetales no alcanzarían para atender el volumen de habitante, salvo que el milagro científico no salga en nuestro auxilio.

Europa, bajo este aspecto, es un continente har- to necesitado ya de tierras húmedas. Merced al alimento en forma de abonos, ha conseguido fructificar un suelo esquilado y de subsuelo rocoso con trabajo de regadío. Pero su producción en cereales, que es el alimento históricamente más económico de la humanidad, es bien escasa y lo mismo decimos en cuanto a leguminosas, debiendo importar el faltante para equilibrar una dieta pobre de vitaminas a sus habitantes. Con el aditamento de proteínas de origen animal y merced a la riqueza de su

contribuir con más de 1.000.000 de toneladas de trigo para aliviar las penurias del hambre de tres naciones europeas, fácil será deducir que, por la pobreza agrícola de Europa, quedan muchos otros países detrás que también es necesario auxiliar para compensar su falta de alimentos. Y resultará comprensible, aun para el cerebro más romo, que, tanto Polonia como Yugoslavia y Turquía están en la divisoria de la cortina de hierro, cuya ubicación geográfica justificaría ampliamente, desde el punto de vista político, la atención de esa preferente necesidad. Pero quedan otros sectores de población importantes de Europa, con economías agrícolas más pobres todavía, que la estadística ni menciona.

fauna marina, sobrevive en relativa holgura, no obstante que los habitantes de muchas naciones aspiran a la emigración hacia países en que el rendimiento de su trabajo es más productivo y menos fatigoso.

Los Estados Unidos de Norteamérica esperan contar, dentro de 13 años, con 200 millones de habitantes. El área de suelo cultivable es de 120 a 160 millones de hectáreas que, según el Dr. K. Weckel, de la Universidad de Wisconsin, ya estaban en uso en 1910. De esa manera, nada podrá ofrecer como asiento de nuevos contingentes humanos. Para cubrir el faltante de alimentación vegetal, está estudiando la posibilidad de echar mano a la que pueda obtener de origen animal. Sin embargo, el doctor James Hundley, director de la F. A. O., sostiene — en un estudio que basa el problema alimenticio de aquella organización sobre productos vegetales sería demasiado costosa (3).

PAIS	Toneladas
Uruguay	300.000
Formosa	134.000
Islandia	8.500
Corea	190.000
India	3.000.000
República Árabe Unida .. .	780.000
Yugoeslavia	750.000
Turquía	100.000
Brasil	700.000
Colombia	330.000
Indonesia	54.800
Pakistán	500.000
Polonia	175.000
Siria	75.000
Israel	180.000
Total	1.273.300

El continente sudamericano puede ofrecer en cierta medida albergue a un nutrido conjunto inmigratorio, quizás superior a 500.000.000 de almas, con el aprovechamiento de valles y cañones de la extensa cadena cordillerana. Hablamos en términos de

(3) Los Estados Unidos de Norteamérica estimaron para 1959-1960 sus exportaciones probables de trigo y harina en 12.000.000 de toneladas, de las cuales y conforme con el programa de la ley P. L. 480 le permitirá exportar 7.273.300 toneladas a los siguientes países:

revolución que, a corto plazo, tiene que reestructurar toda la vida de estos países, más próximo en aquellas zonas de clima templado y extendiéndose a los sectores semitemplados para llegar hasta el trópico, descontando el avance de colonización hacia el sur, actualmente despoblado, donde la mano del hombre es esperada como la buenaventura. Allí están esperando enormes barreras forestales, para transformar buena parte de las inclemencias naturales, de igual modo que las pampas sedientas esperan el agua dulce, en abundancia, de regadío. Será un monumento al esfuerzo humano la construcción de un canal bajo la Cordillera de los Andes para que las aguas del Pacífico aplaquen las arenas voladoras (4).

Es el drama de la imperiosa necesidad de vivir, de sobrevivir. Los 450.000.000 en que aumentará la población del mundo en la carrera de los próximos 30 años, obliga a que los hombres les aseguren un lugar en la tierra en condiciones de vida aceptables, sopena de revitalizar la teoría de Hobbes cuando afirma que el hombre es lobo del hombre. La guerra que los agoreros belicosos anuncian como afirmación indiscutible, queda reducida a la mínima expresión como potencial destructivo, aun empleando todas las armas más modernas de la ciencia bélica. Efectivamente, en la guerra de 1914-1918 perecieron 18.000.000 de habitantes. La devastación de 1939-1945 redujo a polvo 50.000.000 de personas. Los entendidos en matanzas colectivas estiman que, en caso de desencadenarse la que tan inconscientemente están preparando los dos sectores oriental y occidental — y que puede admitirse por principio ante un error o mala intención — tal desatino tendrá que pagarse a un precio mínimo de 500.000.000 de vidas humanas.

CAMPIO CARPIO

(Continuará.)

(4) Partimos de la República Argentina, con sus inmensos valles que abarcan, en el sur hasta el paralelo 42, con una superficie de 2.785.000 kilómetros cuadrados y una población total de 21.000.000, el término medio, incluyendo sus densas ciudades, apenas está habitada con nueve personas por kilómetro cuadrado. Siendo habitable toda la zona que comprende el estrecho de Magallanes y en ambos asientos de toda la cordillera andina hasta el Caribe, con la vasta zona amazónica inclusive.



VERSIONES

por DENIS

EL HOMBRE FELIZ

ERASE, en tiempos lejanos, muy lejanos, un rey que se moría. Porque los reyes también se mueren, digan lo que quieran los historiadores. Y la mayor parte de ellos para siempre, como todos o casi todos los hombres. La enfermedad de que el rey se moría era desconocida, y la padecía él solo. Gran fortuna para los habitantes del reino, sobre todo para los pobres. Imaginad que algunos de éstos, o muchos, hubieran sido atacados de la misma enfermedad. En los hospitales, o en sus domicilios, habrían sido sometidos a mil experiencias, no con vistas a curarles a ellos — eso no ha sucedido jamás —, sino con vistas a curar al rey. El hecho de que el rey tuviera la exclusiva, como de otras muchas cosas, de la enfermedad de que se moría, evitó, no hay manera de dudarlo, una gran mortandad en el reino, algo así como una epidemia. Y sirvió de ocasión a un cortesano para ensalzar a su señor. Hasta para estar enfermo era único. Ningún rey, ni en el pasado ni en el presente, podía compararse con su rey. Grande en todo, lo era también en la adversidad, porque era grandeza sin medida no padecer como los demás mortales, sino un mal nuevo, suyo sólo, un mal que, en lo sucesivo, podría llamarse agosto.

No se sabe si esta alabanza consoló al rey. Hala-gó, sí, su vanidad. Porque el rey, como la mayoría de los hombres, era vanidoso. No orgulloso. La exclusiva del orgullo no la tienen los reyes.

Todos los médicos del reino desfilaron por su lecho de enfermo. Todos, desde los más sabios a los más ignorantes. Y ni los sabios ni los ignorantes encontraron remedio para su mal, que no conocían, que no acertaban a descubrir.

Un ministro — otro cortesano — redactó una ordenanza amenazando con penas severas a los médicos, si en plazo breve, no descubrían las causas y el remedio de la enfermedad del rey. Desgraciadamente, esa ordenanza no se publicó, y ha desaparecido de los archivos del reino. Era un monumento. La Historia no lamentará nunca bastante su pérdida.

Pasaba el tiempo, y el rey estaba cada vez más grave. Era evidente que se moría. El desfile de médicos había cesado, pero cada día se celebraban consultas entre los más famosos. En vano todo. Ni un síntoma de la enfermedad era semejante a nada conocido, a nada estudiado, a nada catalogado. Cabizbajos, los médicos, terminadas sus consultas, se deslizaban furtivamente por los pasillos de Palacio, temerosos de los reproches que se leían en todas las miradas.

Un día, cuando ya ni se interrogaba a los médicos, alguien hizo saber a persona allegada al rey

que un sabio sin estudios, en un pueblo lejano, había realizado curas maravillosas. Enfermos que los médicos habían dado por incurables, él los había curado, y vivían rebosantes.

Inmediatamente partieron enviados del rey en busca del sabio sin estudios. Y por los medios más rápidos entonces conocidos, lo condujeron a Palacio.

Era un viejo con largas barbas blancas. Sus largas barbas blancas le hacían parecer respetable. Que lo fuera o no, no hubo tiempo de averiguarlo. Lo urgente era que el rey viviera. Y se creía que él podía hacerle vivir. Eran ya conocidas, y circulaban de boca en boca, mil maravillas que había realizado.

El viejo que no hubo tiempo de averiguar si era o no respetable, se acercó al lecho del rey, observó al enfermo durante unos instantes, y dijo, con voz que imponía como sus barbas:

— El rey puede vivir y vivirá muchos años. Sólo tiene que vestir, un solo día, la camisa de un hombre feliz.

Nada más dijo. Inútiles fueron todas las preguntas que el rey y los cortesanos le hicieron. Ni de la enfermedad, ni de sus causas, ni del remedio que para la enfermedad daba, tenía nada que decir. « Que vista un día la camisa de un hombre feliz — repetía —, e inmediatamente recobrará la salud. »

Instantes después de conocido el singular remedio que había de devolver la salud al rey, se des-parramaron por toda la ciudad enviados suyos en busca de un hombre feliz. Con orden expresa de traerlo a su presencia. Estaba el soberano contento, contento. En todo se cree cuando no se quiere morir.

Llegó la noche, y ninguno de los enviados del rey había vuelto. Decíase que el rey, durante su reinado, no había tenido otra preocupación que la de hacer feliz a su pueblo. No debía ser verdad. Hacía ya varias horas que los enviados del rey habían partido. Ninguno aparecía acompañado de un hombre feliz.

Ya tarde, por fin, fueron llegando, uno tras otro, pero solos. No era posible — decían — hallar en la ciudad un hombre feliz. Más de una vez se habían dejado engañar por las apariencias. Habían sorprendido, en la calle, en las tabernas, en los teatros, hombres risueños, alegres, felices, felices. Todo el mundo lo habría creído. Todo el mundo lo habría dicho. Interrogados, ¡qué decepción! Ninguno estaba satisfecho de su vida. No era vida su vida. Era un tejer y destejer sin sentido. Los menos quejosos tenían mil razones de descontento: materiales, morales, espirituales. Todo eran contratiempos, cuando no amarguras o angustias desesperadas.

— Yo he traído hasta la puerta de Palacio — dijo uno de los enviados del rey — a un hombre que muchas personas me habían asegurado era un hombre feliz. Ya en la puerta de Palacio, he aquí lo que me ha dicho: « La vida no tiene objeto, o no hemos encontrado el objeto de la vida. Nacemos, crecemos, nos casamos, tenemos hijos, envejecemos y morimos sin saber por qué ni para qué. Tanto valdría no vivir. En la juventud, todo toma impulso en nosotros, como unas alas, hacia la madurez. Llegada ésta, no queríamos seguir adelante; más bien retornar a la juventud, de la que tanto anhelábamos partir. No retornamos a la juventud, sino que llegamos a la vejez, para recordar los años mozos, que entonces juzgamos no aprovechados, no vividos. Y cuando el impulso quería que volviéramos a estos años, para aprovecharlos, para vivirlos, llega la muerte. Morimos, casi siempre, sin haber vivido ». Le he dejado partir. No era, no, un hombre feliz.

Los enviados del rey partieron al día siguiente a recorrer todo el reino. Había que encontrar a toda costa un hombre feliz. No era creíble que no lo hubiera.

Pero pasaron días y días y los enviados del rey no volvían. Y el rey se moría. Y nadie pensaba, lamentándose de la desgracia del rey, en la gran desgracia, en la terrible desgracia que era que en todo el reino no hubiera un hombre feliz.

Una noche, uno de los enviados del rey, que se

había lanzado a los campos, a las aldeas y a los caseríos perdidos en los campos, como último recurso en su búsqueda, tuvo la alegría infinita — obtendría liberal recompensa — de encontrar lo hasta entonces no encontrado ni por él ni por ninguno de los otros enviados del rey.

Había salido al oscurecer de una aldea, hacia otra que le dijeron se hallaba a corta distancia, y era ya media noche y no descubría por parte alguna señal de vivienda humana. « Me habré extraviado », pensaba, cuando percibió, a lo lejos, entre los árboles — atravesaba un bosque —, una débil lucecilla. Encaminó el caballo hacia la lucecilla, y pronto estuvo a pocos pasos de una cabaña de leñadores: misera, misera cabaña. Se acercó a ella, más con intención de preguntar por la aldea a que se dirigía, que con idea de encontrar allí un hombre feliz. Y al llegar a la puerta, oyó, dichas con una voz clara, reposada, estas palabras, final sin duda de una larga conversación:

— Gano mi pan con mi trabajo, y, como vivo casi en soledad, no tengo ocasión de ofender a nadie, ni hay ocasión de que nadie me ofenda. Por eso soy feliz.

El enviado del rey abrió la puerta con violencia y entró en la cabaña:

— La camisa, su camisa, entrégume usted su camisa — gritó al hombre feliz.

Pero el hombre feliz no tenía camisa.

BUZON DE LA REVISTA.

— E. R., MONTEVIDEO.

Recibido «Corazones y motores», que agradecemos. Nos ocuparemos. Pasado encargos a Administración y Nouvelle Idéale.

— M. R. V., VAR.

Pasado encargo a «A I T» y Administración. Sus escritos son muy apreciados por los lectores. En cuanto a no escribir a nadie, es casi cierto. Silencio. Silencio cruel impuesto por la tarea. Coincidimos en lo horripilante de algunas cosas. Todo se saneará con paciencia, con tenacidad y con educación constantes. Por decreto nada se hará. Agradecidos por su confesión... cuyos textos anteriores ya traicionaban. Sería interesante abrir en CENIT una rúbrica en la que se tratase algo así como, por ejemplo: «Lo que creo y lo que no creo». ¡Cuántas coincidencias se encontrarían entre hombres aparentemente de pensamiento opuesto, antagónico!

— E. L., TOURS.

Recibida tu carta. Dile que sí y que cuanto más corto mejor.

COMO TORO DE LIDIA

CAPITULO II

*De Andalucía con pincel diligente
Quien pudiera inmortalizar su encanto,
El misterioso secreto de su alma ferviente,
De su risa y de su llanto.*

Los astros son mis dioses. Y las plantas. Los árboles y los animales. Si yo creo en los destinos dichosos de mi pueblo, es porque confundo su primitivismo con mi primitivismo. Todos los primitivos adoran y creen en cosas simples, visibles y materiales. Cosas palpables, inofensivas, bellas y nobles (y útiles) a quienes nuestro temor de lo desconocido concede un alma y a través de ella un poder sobrenatural. La ignorancia adora tanto como la sabiduría cree al creer saber. Cuando yo era niño (hermosos tiempos en que la más flaca de las vacas valía tanto y más que cien cerdos gordos y rechonchos de hogano), cuando yo era niño y que cometía una falta digna de una buena reprimenda, antes de pre-entarme ante los autores de mis días, me reclinaba devotamente ante una retama florida, un tomillo o un granado para confesar mi falta e implorar protección.

En general, los míos se limitaban a descargar sobre mis débiles hombros y abrumada conciencia una lluvia de apóstrofes y amenazas, sin más. Los mamporros quedaban relegados a la «próxima vez». A partir de entonces, el tomillo perfumado, la retama con flor de alba naciente o el granado sangrando por las mil heridas abiertas de su rojo fruto, podían contar con mi adoración ferviente. Yo creo que es de esta manera cómo nacen las creencias y religiones en el alma humana. El ser humano necesita creer para sentirse protegido, amparado, guiado. Creer en las plantas, en las aves, en los animales y en los astros es cosa inocente y bella como el rostro de una joven virgen. Además, ¿qué ganamos con ser incrédulos hasta el ridículo? La vida toda sería un estado de gracia si la bondad reinara sobre la tierra. Y, entonces, todo sería adorable y milagroso. Existen plantas que curan. Todas sin duda. El animal (el perro y el caballo por prueba) serían nuestros fieles y devotos amigos si el hombre a medida que se adentraba en la civilización no hubiese perdido la conciencia de su cometido en la vida. Porque el hombre, en tanto que animal superior, estaba llamado a ser, no un devoto de Dios (invención suya), sino Dios mismo. Suma perfección y bondad suma y no su propio verdugo y verdugo de la propia naturaleza y de sus criaturas, «nuestros hermanos inferiores».

Todas estas cosas, os la digo yo sin rodeos ni floreos, y tal y como se presentan ante mí. Yo os hablo como las cosas me hablan. Mi lenguaje es su lenguaje. Mi delirio no es mi delirio, sino el hondo dolor ibérico que yo en-

carno en parte y al cual bien he de darle hilo para tejer la malla de su eterna tragedia. Ser andaluz de Andalucía o español de España, ¿a qué equivale? Sencillamente a ser toro de lidia y, a la postre, lidiado. Tal será mi suerte sin tardar, y conmigo esas hadas madrinas que fueron para mí en mi niñez retamas, tomillos, animales y astros... todo lo viviente, todo lo visible, todo lo creado, salvo el hombre. No. El hombre, también. A veces, mi madre. Es que la mujer (permitidme que os lo diga) es extremadamente opuesta a la acción corruptora de la civilización y si reza, implora y cree, culpa es del hombre obstinado en ofrecerle realidades de apocalipsis en vez de Edenes contiguos al Paraíso. La mujer es toda naturaleza (puesto que toda es sentimiento, encariñamiento y fidelidad al instinto materno). Incluso la refinada coquetería de la mujer moderna no es otra cosa que una prueba más de su fidelidad a las normas imperativas de la selva. Su sentimiento, creo yo, lo abrazaría todo y todo lo salvaría de la debacle última y fatal si el medio ambiente (obra del hombre) no la desviara de su senda instintiva y maternal. Volveremos a vivir una nueva era matriarcal y, entonces, el hombre, como el perro lobo, llevará bozal y arrastrará cadenas. Su salvación vendrá de la infinita piedad de la mujer y, sobre todo, del fuego de la hembra...

Todas estas cosas —pese a vuestra incredulidad— las iba pensando yo mientras, sin tino ni norte, corría más que no caminaba por entre olivares, almendros, cerros y cañadas, como liebre perseguida por cien cazadores y jaurias de perros. Mi salvación —si salvación ¡ay! debía haber— dependía de mis piernas, de mi voluntad y de mi instinto. Mi instinto era de fiar. El quería vivir. En cuanto a mis piernas, ni liebre ni galgo se le podía comparar. Y, bajo luna llena, en medio de una primavera en que el ruiseñor impera por su trinos y la flora por su perfume — perfume que exalta el amor, perfume que canta la vida — las estrellas casi sumergidas en la alfombra de plateado algodón que era el cielo, yo corría, corría. Detrás —presencia del hombre— se dejaban oír de vez en cuando el martillazo seco de un disparo, al que, como un «¡alerta está!», respondía diez chasquidos más. Y todos aquellos chasquidos vomitando plomo y fuego me estaban destinados. Y, en tanto yo corría, volaba mi delirio.

España tiene mil llagas purulentas y sangrantes en cada costado. Pero, atravesado, su corazón palpita, aliena y, sobre todo, espera. Nadie arrancará su vida a España. Forjada en el dolor, templada en el sufrimiento, macerada, desnuda, despreciada, humillada, hambrienta, esclava... Andalucía ríe llorando, canta rugiendo. Y espera. Segura, fatal, iluminadamente segura y cierta de su porvenir, espera su resurrección. Y yo con ella. Perseguido, huyo como cabra montesa. A veces hago alto.

Miro. Oteo. Escucho. Me inclino y beso esta tierra dolorosa que entre otros mil perfumes, tiene olor de sangre. Olor de sangre noble. La de sus hijos indómitos y rebeldes, exaltados y justos. La de sus bandidos, oscuros «cátelos» cargados de ignorancia y rebosando honor por todos los poros de sus almas ofendidas. Fermín Salvochea viene a mi encuentro. La «Mano Negra» le acompaña. El presente va al encuentro del pasado para confundirse en una única e interminable tragedia. La hora es fría. Esa sombra de Salvochea es toda llama. ¡Arde, corazón! Imaginación, ¡delira!... ¡Santa tierra creada para ser Paraíso —el más completo— y verte convertida, transformada en infierno!

En la intimidad de la noche, sin testigos, de todo corazón y de rodillas, yo te beso, tierra mártir. Y mis lágrimas (¿quién os dijo de venir o importunar?) te riegan un momento a costas del prójimo. Apenas mi silueta quien te riegue, ya que el contrato es formal. Tú me nutres hoy a condición de que yo te reserve mi sangre como tu vino de mañana y mi cuerpo, tu alimento. El trato, es formal. Cuenta con mi palabra.

¡Ah! Todavía no. Espera aún. Mi sangre es joven. Casi niña. Veinte abriles. La vida de una flor... Ni siquiera el tiempo de amar.

Sed de besos arden en mi boca.
Es mi pecho cual fragua candente.
Y es mi cerebro águila loca
Por los espacios celestes.

Abordo una colina. Para orientarme. Abajo entre los algarrobos que tiene espeso plumaje, oigo un tiroteo vivo y apretado. Están desorientados, pienso. También lo estoy yo. En medio de la noche, Andalucía es un desierto. Todo parece primitivo e inscriptado. Los árboles parecen gigantes borrachos y temblorosos. Fantasmas de negra capa y agazapados, los riscos. La luna ilumina la cúspide y oscurece la umbria. A cada paso, el perseguido fugitivo se detiene, se esquivo, retrocede al vislumbrar mil siluetas de forma espantosa. Todo lo que remotamente se asemeja al hombre le aterroriza y espanta. Ninguna de todas las formas que la noche os ofrece y la imaginación deforma, os sobrecoge tanto como cuanto refleja forma humana. Esto, entre los hombres. Y yo me pregunto qué efecto esta forma humana debe producir entre «nuestros hermanos inferiores animales y plantas. Pues he oído que multitud de plantas palidecen, tiemblan y se encogen a la vista de este paridor de calamidades que es el hombre... Y en mi huida pienso que pronto será el planeta entero quien se estremezca y tiemble ante él, pues que tanta y tanta guerra y tanto y tanto invento con vistas a la guerra lo están sangrando... vivo.

Los poetas, gente embustera si los hay, afirman que la luna es una dama llena de pesares y sin pizca de humor. Ni negro ni risueño. Por algo la llaman la «dama melancólica». Lo cierto es que la luna no detesta reír habían orientado mi niñez — ¿qué niñez la mía? — ha empezado a zizaguear por sobre la montaña con barba de bolinas y retama cuando la luna lanzó sus claros focos sobre mi persona. Sin duda con la curiosidad tan femenina de contemplarme de cerca. Pero, es lo cierto que una lluvia de balas vinieron a silvar en torno de mi persona cual bandada de abejorros. Ninguna hizo blanco en mi pellejo. Gracias por el favor. Y, por mi parte, no

esperé a que la suerte se repitiera. Para muestra, con un botón basta. Me lancé, no corriendo, sino volando cuesta abajo, en sentido contrario de donde venían los tiros. ¡Luna, luna, luna! ¿Por qué brillas en este momento si viendo estás que soy un alma vencida y sin aliento?

¡ALMA VENCIDA Y SIN ALIENTO?

Tan lanzado iba que casi me rompí la crisma contra una rústica pero sólida barrera de madera que como muralla de China se esguía ante mí. Cómo se siente correr por las venas el brebaje cálido y reconfortante que acabamos de beber, asimismo sentime poseído por los mil efluvios de la esperanza. Estaba ante una de esas « cárceles » donde se secuestran, aíslan y tornan salvajes y feroces los toros de lidia.

Crecido, ya que no nacido, en el barrio de la Victoria, arteria risueña, aunque melancólica y pálida de la muy bien plantada ciudad de Málaga, el medio y la miseria che casi confundida con arbolillos y rocosuelos. Silencio. La afición del toreo. En España, con el correr del tiempo y el avance del « progreso », al pobre se le hace la vida cada vez más complicada. En otros tiempos el desheredado tenía la posibilidad de hacerse contrabandista, salteador de caminos o torero. Todo eso, salvo el toreo, ya se subió a las nubes. Hoy el bandido tiene palacio, blasón nobiliario y es general, ministro, obispo, cuando no mandamás a la cabeza del gobierno. Todas las puertas se cerraron para las personas decentes y nobles sin título nobiliario. Ser guardia civil, carabinero, policía, ¡vamos! Eso es la indecencia misma. Queda el anarquismo y el toreo. Diego Dieguillo se hizo anarquista. (Se hizo o ya lo era al nacer). Yo me hice torero.

Después de haber « toreado » a mi hermana y hermanos, a sus amigos y amigas y hasta a mi dolorosa madre, quien con lágrimas en los ojos me decía : « Lo haces tan bien que es un gusto el verte torear. Toreas mejor que Joselito y que Belmonte. Pero te matarán », me lancé por todos los mismos derroteros de todos los aprendices toreros. Correr de ganadería en ganadería para, amparado por las sombras de la noche, saltar la barrera para enfrentarme con « el fiero retado ». « Te matarán », repetía mi madre a cada uno de mis retornos hambriento y maltrecho. La miseria de nuestro pobre hogar y el ambiente circundante, hicieron de mí lo que soy. Pero, sobre todo, la visión de mi madre. Jamás olvidaré aquella imagen. Jamás.

Noble madre dolorosa
viva imagen de mi España.
Mal vestida y mal comida,
vencida y ensangrentada.

Un gesto pronto donde el cuerpo se contrae y extiende en seguida y que toda la vitalidad se encuentra en los nervios y músculo y, como el tiempo todavía reciente cuando siendo aprendiz torero saltaba la barrera para polir mi oficio y ahuyentar el miedo, y en un abrir y cerrar de ojos me vi del otro lado de la valla. La luna denunciaba la piara toril, manada confusa que la no-

che cas iconfundia con arbolillos y rocosuelos. Silencio. Andalucía dormía.

Esta lengua española mía es como un acordeón : se alarga y altera en un bronco rugido agudo donde pulmones, arterias y bronquios forman un concierto infernal, o se amenudiza, suaviza y endulza hasta convertirse en un murmullo amoroso, una caricia materna, un hálito de brisa, perfume de clavel y de rosa y un tierno, lento y apretado beso de mujer enamorada, carnalmente saciada y sentimentalmente hambrienta. No otra lengua se le podía aëstinar a un pueblo que piensa únicamente con el corazón.

Ratoncito mío, ratoncito mío:

Seca tus lágrimas. Cesa tu desvario.

Contempla en cada pétalo la gota de rocío.

La perdiz canta en el monte. Entre guijarros llora el río.

Sonríe a la vida, ratoncillo mío.

Cesa tu llanto. Cesa tu desvario.

El Amor está en camino.

La Esperanza lo guía. La Esperanza le acompaña.

Sonríe al amor. Sonríe a la esperanza.

El presagio es cierto. El presagio no engaña.

España despierta. Ya renace España.

El amor está en camino. El presagio no engaña.

Sonríe a la vida. Seca tus lágrimas.

Me diréis que el corazón es maleable. Yo contesto : De acuerdo, pero también lo es el cerebro. Todo es maleable en el hombre. Y en la naturaleza. Todo se usa y corrompe. O periclita. O se transforma. ¿Qué importa? Lo cierto es que el mundo es un laberinto infernal donde sólo el Mal, en su escarceo brutal e incesante, deja huellas imperecederas. El Bien también. A veces. Raramente, desde luego. Jesús, personificación imperecedera del Bien para el mundo cristiano, ¿qué simboliza hoy en día para la casi totalidad de quienes lo invocan? Una razón comercial.

Yo no sé por qué me resulta tan doloroso el pensar que toda aventura humana, tanto la más intrépida como la más justa, ha de terminarse fatalmente en tragedia, en sangría y en descuartizo, generalizado o no. Yo he nacido en Andalucía, rincón del vasto mundo donde todo canta la vida con dulzura tal, que sus trinos melódicos embriagan la sangre, el corazón y el alma. Nada justifica allí el dominio permanente del dolor. Y, por tanto, allí se vive en la agonía. Se vive muriendo. Canto y risa son desgarros de dolor moral y de dolor físico. El canto andaluz se me representa y me recuerda los últimos mugidos bañados en sangre del toro de lidia. ¡Pobre España y pobres fieros toros! Sus lomos, su pelambre casi siempre de brillo negro (como nuestro destino) maculado de rojo. Babeante. En la mirada, el brillo fiero de fiera salvaje y las sombras lagrimeantes, mezcla de dolor, de ira y de impotencia, de la muerte. Su espinazo, cercenado por hondas brechas, por donde se escapa, en repletos cuajos de su sangre. Tiemblan sus patas y pende su lengua. Está en la agonía y combate, arremete. Quiere vivir, gozar la vida. Quiere vengarse. Es fiero, cabezudo y orgolluso como la propia raza que lo suplicia. Es reto hasta luego del último estertor. Es desafío. Es maldición. Así Andalucía. Así España. Al nacer, la pica impía del picador. Destino se hunde en sus costados. Ya no le queda al hombre ibérico más que su bron-

co maldecir y su lenta agonía hasta el momento en que el generalito de turno, por « un ordeno y mando », anuncie la hora del degüello.

¡Alto ahí, soliloquio!, me digo, mientras con la mirada recorro el contorno. Alto ahí, delirio mío. Una jauría de hombres-lobos — ¡pobres lobos al servicio de la tiranía de turno! — te siguen. Ellos quieren cogerte. Muerto o vivo. La luna declina. Ya está cercano el momento en que su brillo de flor de retama, se reclina primero y desaparezca en seguida después del horizonte. Pero los grillos cantan.

Grillos que cantan de noche,
la coraza enlutada,
el romance de las estrellas
y la plegaria del alba.

Y la brisa, una brisa con perfume de mar salada y de vega en flor, empieza su retozo inquieto y nervioso. Pero no cantan todavía los pájaros, ni aun los destellos de la aurora se estremecen al descubrir las plantas con lágrimas de rocío en sus pétalos. Aún queda noche para rato. Y los olivos que gustan de la oscuridad porque : « Sin luz de plata en sus copas... la sensación les viene de ser más dueños del cacho de paraíso en que les tocara nacer. También a mí me ocurre lo propio. Yo amo la luz, pero adoro la noche, porque:

Cuando su manto de sombras extiende
Por sobre la tierra y espacios infinitos,
La pobre cosa humana combate
Contra la desgracia de ser distintos.

A fuerza de remover en mi pobre mollera estas cosas del hombre y de su vivir, casi siempre complicado y vil, me asalta la firme creencia de que su destino está marcado por una fatalidad impía que le condena a ser lo que es, sin posibilidad de enmienda ni resurrección posible. La primera constatación que se hace luz en mí, cuando en el hombre pienso, es la de su absoluto divorcio con la naturaleza. Ciertamente él penetra cada día más en los misterios de ésta y que del fondo de su entraña o del infinito de su espacio extrae mil sustancias insospechadas que él utiliza, combinándolas para ser más diabólicamente potente y destructor. Pero, pierde en naturaleza más que no gana en sabiduría. Y si desentraña lo misterioso, ignora lo real y palpable. Porque, como a la mujer, a la naturaleza no se la viola, ofendiéndola en su poder, sin exponerse a ser maldito de ésta...

El hombre se convierte en un extranjero para la naturaleza. Sobre todo, para sus hermanos inferiores, que él ignora para otra cosa que no sea para hacerle sufrir y destruirlos. Si existe una relación vital entre todo lo creado y la propia creación, el hombre no lo sabe ni se inquieta por saberlo. Nada nos autoriza a no admitir que toda la gama « inferior » de animalazos que puebla nuestro encantador planeta no sean otros tantos « puntales y clavos que contribuyen eficazmente a la solidez « del techo » que nos cobija y del suelo que nos sostiene. Yo, que nada sé de nada, creo firmemente, en mi ignorancia, que si la lucha por la vida implica combate, de ninguna forma puede significar exterminio total y definitivo y ni siquiera de una partícula de lo creado, sino en la medida en que tal destrucción responde a necesi-

dades vitales de la propia naturaleza, pues en este último caso, el hombre se convierte en esteta y no en verdugo.

Por mi parte, en este momento y en medio de esta noche andaluza, acariciante y calurosa como las confidencias de mujer amante, cuando las estrellas se ponen a brillar a medida que la luna se adentra más y más en la grieta gris del horizonte, y en tanto los grillos entonan las más eficaces de todas las canciones de cuna, vuelto de espaldas al « vasto saber » y frente al mágico laboratorio me siento parte integrante de la naturaleza y la bendigo con el mismo rendido fervor con que el condenado a muerte recuerda y bendice a su madre. Yo proclamo, yo que soy torero y matador de toros, que no es digno del hombre (él, que pudo y debió ser Dios) el regocijarse ante la agonía lenta, refinada y espantosa de un animal. A fuerza de sufrimientos sin par y sin cese, España se ha transformado en un pueblo cruel y, por momentos, sádico. Por lo que la agonía del toro en la plaza tiene de aparente con su agonía, España ama los toros. Porque esa agonía es su propia agonía. Porque ese combate es su combate, inigual y sin posible salvación, la plaza es el espejo mágico donde España se reconoce a través de larga y trágica historia.

La ganadería se hallaba enclavada en medio de la umbria formada por la misma corona de montañas que aprisionaban Cañizal. Allí todo respiraba ensueño y poesía. Cañizal estaba cercano, pero sus alrededores eran mucho más áridos, rocosos y mondipelados. Ya conocía el país al dedillo, como decimos por allá, ya que había nacido y pasado parte de mi infancia del otro lado de la cordillera, frente al mar, al lado del camino real que desde el Mediterráneo sube serpenteando hasta Benamocarra. Sin titubear y sin miedo, me puse a caminar umbria adelante. Quizás que Perico, el muy bien plantado « mandamás » de la ganadería andaba todavía por aquí, cazando « al rececho », pensaba yo, mientras marchaba reposadamente, seguro de que por nada del mundo osarían mis perseguidores penetrar en el circuito del dominio toril. Cuando llegué a la pintoresca choza que servía de guarida a Perico y a sus gañanes, la encontré vacía. Cogí la llave en el escondite a ella destinado desde lar-

gos años y entré en su interior. Dos bancos y una cama eran el solo ajuar que la adornaba, amén de un postal, un espejo y algún que otro libraco de novelas por entrega. La cama estaba limpia y fresca. Su visión me hizo caer en la cuenta de que está rendido, magullado y hambriento. La noche seguía su curso íntimo y calmo. La brisa, dama de los mil perfumes en Andalucía, iba expandiendo sus variados olores exquisitos. Olor de plantas de tierra mojada que subía del huertecillo cercano. Ranas, sapos, mochuelos y grillos estaban engarzados en una melopea lírica del delirio. De tiempo en tiempo, el tétrico graznido de la zumaya hacía enmudecer el concierto y un temblor de miedo invadía la noche. A veces se dejaba oír todavía algún disparo viniendo de lejos, como truenos de un huracán que se aleja. Toros y vacas dormían al pie del montículo que servía de asiento a la cabaña, al lado del abrevadero. Y, en medio de la noche, parecía oírse como un cuchicheo, como coloquio confidencial y trágico, saliendo de sus bocas. Un cuchicheo lento pero cálido y apasionado, como perla de condenados a muerte preparando un plan de evasión. Ya sabía yo que tal sensación era pura imaginación mía. Pero la locura también es sublime don ibérico. Y si Don Quijote veía ejércitos de gigantes en cada molino de viento que le salía al paso, también podía yo ver un mártir en cada toro, prestarle una conciencia y adjudicarle el don de la palabra. El propio problema de conciencia que mi condición de matador hacía nacer en mí, me inducía a tal desvarío.

Luego vino a mi recuerdo, mi familia, mis hermanitos y mi madre. Extendido sobre el lecho, vi cómo todo mi ser sensitivo volaba a su encuentro. Me vi casi mozo. Me vi pobre y sin trabajo, en la triste y húmeda habitación malagueña que nos servía de hogar. Vi el espectro del hambre enseñoreándose de la triste pocilga. Me vi resuelto a ser torero y vi las lágrimas entrecortadas de mi madre. Oí sus congojas. Oí su llanto.

Sobre una rosa florida
puse mis labios de fuego.
La rosa me dió una espina
que en el corazón, clavada, llevo.



POETAS DE AYER Y DE HOY

ROMANCERO INSOLITO

ROMANCE INDECIBLE

En mi alma duerme un romance
que no sé decirle a nadie;
lo compuse con la blonda
que en mi boca puso el aire,
cuando al salir de la mar
vió la espuma en sus volantes.
La noche de mi persona
nunca supo comprobarme,
si estaba justo en mi mismo
o me sobraban ramajes.
Me duele este instante incierto
que paso, hueco, en la calle,
sin mi sombrero de luna
ni zapatillas de baile,
sólo un perro de nostalgia
que mi angustia entera lame.
Yo era sendero que no era,
un farolillo de alambre,
una cancelita blanca,
un arroyo sin su madre.
Y ahora soy quien menos quiero:
viento obtuso de la tarde,
arrecife para nieblas,
sombra blanca, roto encaje.
¿A quién le diré la copla
que por dentro ya me nace,
como una flor en la tumba
que ocupa quien nadie sabe?
Pienso en mi herido abandono,
en mi soledad sangrante,
en muchas manos cerradas,
en dichos como puñales,
en un mundo que se aguanta
en los dedos de un cobarde.

¿Quién vendrá a decirme ahora
que soy yo quien en mi pace,
como un siervo que de pronto,
salta a los brazos del aire,
como una estrella que escapa
de su eternidad, sin nadie?
¿Quién soy yo sobre mi sombra
en la bahía y con hambre
de países cuyos nombres
se escriben en mi semblante?
Tengo la luna guardada
en mi pulso y no se parte.
Tengo dos tórtolas blancas
con los ojos verde jade.
Tengo un carro, y un jilguero
que dice que soy su padre.
¿Quién podrá ser este arcángel
que duerme en mí desde el martes
que el miércoles tizna el cielo
y el jueves se va a los parques?
Cuando yo vaya a la fuente
para lavarme la sangre,
me volveré como el chorro
que por donde quiere sale.
¡Que me acusen de esta muerte
que intenta perfeccionarme
antes que apunte mi luna,
antes que el sol se me acabe!
Las denuncias que me caigan
en mis manos siderales,
las hincaré, una tras otra,
en las ramas del romance,
este romance que vivo
y no sé decirlo a nadie.

M. R. VALDIVIESO



COMUNICADO DE LA ADMINISTRACION

Desde hace más de un año nuestra revista es deficitaria. Vive de sus reservas financieras.

Sufrimos un aumento en el precio de edición y optamos por esperar a que el mismo fuera compensado por la afluencia de nuevos lectores. Nuestra opción resultó fallida en nuestros cálculos y hemos llegado a otro aumento reciente. Con lo que el déficit que veníamos soportando se agrava, sobre encontrarnos con las reservas bastante limitadas por los esfuerzos del tiempo que han venido llenando el vacío deficitario.

Esta simple explicación, amigos lectores, nos parece suficiente para haceros comprender la obligación en que nos vemos de aumentar el precio de nuestra Revista. Obviamos señalar cuánto lamentamos esta obligación. Abrigamos la esperanza, no obstante, de que esta medida impuesta por la necesidad no minimizará la determinación de cada uno de vosotros a apoyar nuestra Revista.

Apoyándonos en nuestra confianza en vosotros, impelidos por los imperativos que nos obligan a tratar de restablecer nuestro equilibrio financiero, hemos resuelto proponeros un aumento de 2,00 francos por abono anual. El número suelto debería pagarse a 1,20 francos.

A la voluntad del lector dejamos la iniciativa de aplicar el aumento a partir de la fecha, o con carácter retroactivo.

Fraternalmente a todos,

La Administración.